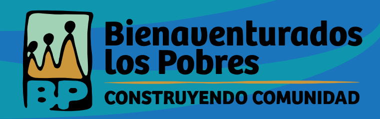
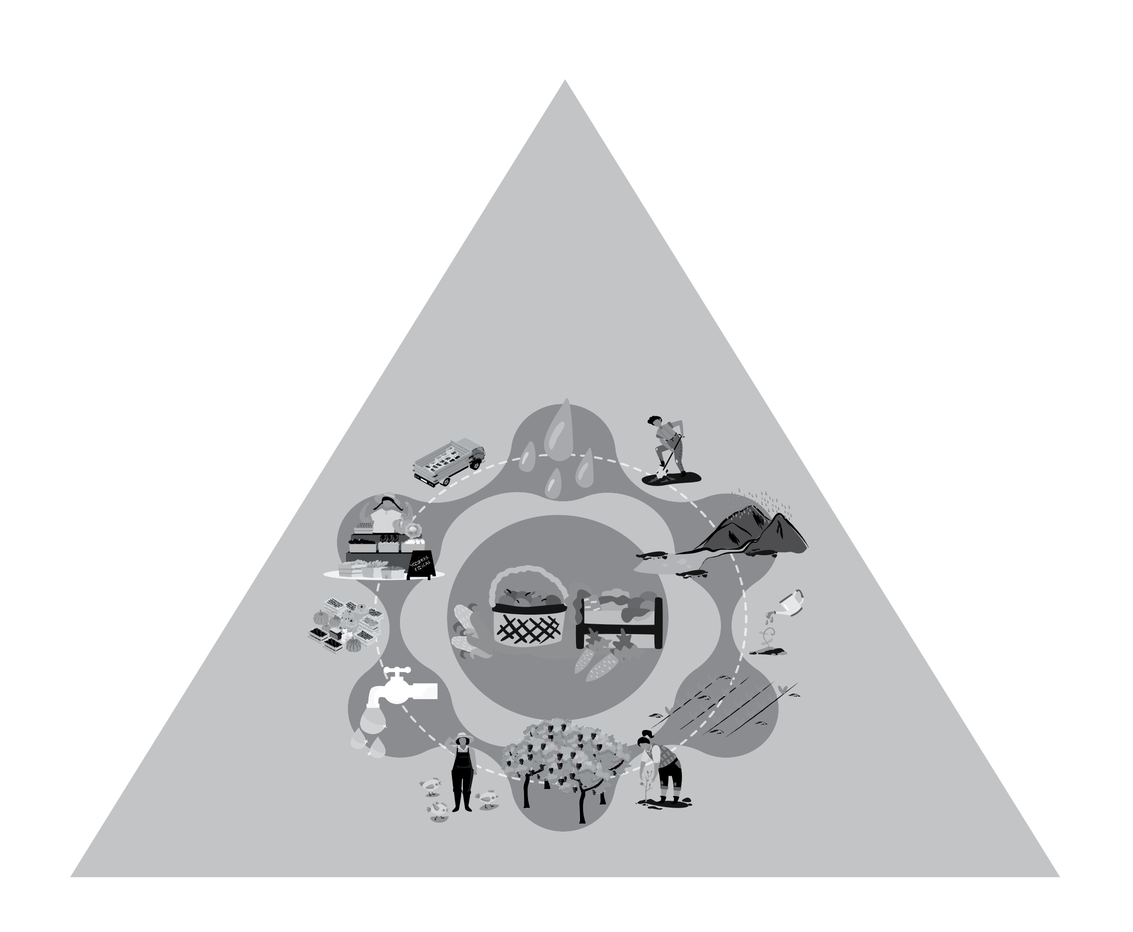

Las aguas visibles
CRÓNICAS SOBRE LAS COMUNIDADES CAMPESINAS
Y EL AVANCE DE LA MINERÍA DE LITIO
EN EL BOLSÓN DE FIAMBALÁ
Lucía Maina Waisman
Bienaventurados
los Pobres
CONSTRUYENDO COMUNIDAD



Desde hace más de 36 años, la asociación civil Bienaventurados los Pobres (Be. Pe.) trabaja con organizaciones campesinas, populares, y de la economía social en Catamarca y Santiago del Estero. Así, juntas transitan hacia el **desarrollo de alternativas** de vida económicamente viables y ecológicamente sustentables, la **construcción colectiva** de propuestas socio técnicas apropiadas, la **exigibilidad de derechos** económicos, sociales y culturales, y la **defensa de los territorios** frente a los impactos del extractivismo.




TNT

Las aguas visibles

MAINA WAISMAN, Lucía *Las aguas visibles.*
Catamarca: Be.Pe. , 2021. 136 p.





Idea y Realización General: Asociación Civil Bienaventurados los Pobres

Corrección: Patricia Agosto

Fotografía: Archivo de Be. Pe., Lucía Maina Waisman

Ilustraciones: Agustina Ludueña

Diseño y edición: Mauricio Pedrouzo

Proyecto Cofinanciado por



Unión Europea

Coordinación General



La presente publicación ha sido elaborada con el apoyo financiero de la Unión Europea. Su contenido es responsabilidad exclusiva de Be.Pe. y no necesariamente refleja los puntos de vista de la Unión Europea.

ÍNDICE



INTRODUCCIÓN

En el caminar junto a comunidades campesinas, muchas son las historias que se entretejen y que vale la pena que sean contadas. Por eso a lo largo de los años Be. Pe. ha coordinado publicaciones que funcionan a modo de pausa, de coma, de punto seguido, para poder dar lugar a la reflexión que alimenta la práctica.

Y es ese ejercicio, ese ir y volver de la acción a la reflexión, el que brinda la posibilidad de ampliar la mirada y reconocer que el escenario de una comunidad en particular se repite a lo largo de todo el territorio latinoamericano. Es en ese reconocimiento entonces, donde se hace posible tejer redes para fortalecer vínculos entre esas realidades, que pueden parecer aisladas y marginales a simple vista, pero sin embargo están unidas por la misma trama.

Esos saberes y prácticas recreados por siglos en cada uno de los pueblos del sur que resisten y reexisten a las amenazas de los saqueos, van dejando pistas para quienes no dan el brazo a torcer. Esas incansables mentes curiosas que no se conforman con el relato hegemónico, salen en busca de experiencias de lucha por la vida para volverlas palabras y compartirlas. Así nace la idea de *Las aguas visibles*.

Contra la naturalización de la depredación que pretende instalar el pensamiento dominante, emergen los relatos sobre quienes cuestionan aquel destino para la humanidad. Porque contarnos nuestras historias nos permite reconocer esos otros mundos posibles que ya están siendo. Y serán más.

Es por eso que el oficio de contar es uno de los caminos que nos salvan de la deses-



peranza. Cada etapa del proceso, recorrer, escuchar, preguntar, esperar, identificar las tramas, descubrir protagonistas, reconocer conflictos, ensayar desenlaces, habilita intercambios que nutren la reconstrucción de alternativas.

Este nuevo acercamiento a las historias del bolsón de Fiambalá vuelve a poner en dialogo saberes propios de sus protagonistas. Pero también abre la posibilidad de soltar esos relatos al viento y que lleguen allí donde haga falta una luz de esperanza.

Las aguas visibles aporta una doble perspectiva. Por un lado, la socioambiental, que reconoce la existencia de un modelo extractivo avanzando sobre cuerpos y territorios que a contrapelo del sistema, se saben piezas fundamentales para el equilibrio de la vida. A su vez, el abordaje desde la crónica literaria habilita la posibilidad de ensayar palabras para aquello que no tiene nombre, para lo que no alcanza el vocabulario tal como lo conocemos y exige ir al límite del lenguaje y la imaginación.

El resultado es una serie de crónicas que se vuelven libro para retornar a las comunidades donde nacieron y para llegar a cada uno de los puntos de esas redes que construimos y que queremos fortalecer.

Be. Pe.





LA ORGANIZACIÓN CAMPESINA BROTA DEL RÍO


¡AGUA PARA LOS PUEBLOS!
FM HORIZONTE


FUERA TODOS
LOS CODICIOSOS
PAGAN A MENTIROSOS
QUE ESTAN AL
SERVICIO DE LAS
EMPRESAS MINERAS
ASEGURANDO QUE
TODO ESTA BIEN...
EL AGUA ES DEL
PUEBLO SI O SI
POR DIA
TRATAR AQUI

El río Abaucán corre ante nosotras y avanza por el surco ancho que atraviesa la tierra en medio del valle conocido como el Bolsón de Fiambalá. Pero es marzo y corre demasiado: en épocas de lluvia, como ésta, las crecidas son tantas que terminan tapando las tomas de agua y los canales que lxs campesinxs han construido a lo largo del río para poder regar sus cultivos en Medanitos, pueblo ubicado algunos kilómetros más abajo, en el Departamento Tinogasta de la provincia de Catamarca.

—Acá en Medanitos este verano fueron unas crecidas muy grandes, taparon mucho los canales. Entonces la gente estuvo más de 30 días sin regar: a muchos se les secó la chacra, lo que es huerta se les secó… —me explica Johana en esta mañana de sábado con Nabil, su bebé de un año y medio, en brazos.

Sí, en esta región, como si fuera un reino del revés, cuando hay lluvias falta el agua. Y ante ello, abunda la comunidad, las manos campesinas que se ponen a trabajar por el bien común:

—Por eso se levantó ese bordo —dice Johana señalando la montaña de arena que se interpone al cauce del Abaucán y que la gente de Medanitos debe construir varias veces al año a pala y espalda—. Pero en el verano crecía cada dos o tres días: entonces hacían el bordo y venía la creciente y se les llevaba todo —agrega, con una serenidad que contrasta con su relato, pero que parece llevar de nacimiento.

Johana nació en el pueblo de Tatón, que queda a unos kilómetros de aquí, después de que los arbustos de jarillas y retamas abren paso a las dunas, montañas de are-

na levantadas por el viento que delatan los aires desérticos de este lugar. Ahora, ella vive yendo y viniendo desde su casa en la ciudad de Fiambalá a las comunidades campesinas de la zona, para trabajar como parte de la organización Bienaventurados los Pobres. Be.Pe, como la conocen todxs por aquí, es una asociación civil que lleva más de 30 años trabajando en las provincias de Catamarca y Santiago del Estero para promover alternativas de vida económicamente viables y ecológicamente sustentables, junto a las comunidades y organizaciones territoriales de esta región.

—Después que crece el río pasa una máquina, para afirmar el camino y que puedan transitar los vehículos. Pero a veces se te hunde el vehículo. Es muy rápido este río porque es todo arena, es medio mentiroso el río este… —me sigue explicando Johana y su acento catamarqueño se mezcla con los pájaros que cantan de fondo.

Pero ahora es marzo y en poco tiempo vendrá el invierno, y ya no habrá que hacer más bordos porque se acabarán las crecidas, pero con ellas también las lluvias. Llegará entonces una nueva escasez y el otro gran desafío de las comunidades de la zona:

—Mira para allá, todo aquello es duna, es arena —dice ahora Johana señalando los pequeños cerros blancos que se elevan en una parte del paisaje—. Y lo que pasa es que la poca agua que pasa se filtra mucho, se consume en el camino, porque es todo médano.

No siempre fue así: la gente mayor de Medanitos recuerda la rica producción de alimentos que había en su infancia y





"MIRA PARA ALLÁ, TODO AQUELLO ES DUNA, ES ARENA –DICE AHORA JOHANA SEÑALANDO LOS PEQUEÑOS CERROS BLANCOS QUE SE ELEVAN EN UNA PARTE DEL PAISAJE–. Y LO QUE PASA ES QUE LA POCA AGUA QUE PASA SE FILTRA MUCHO, SE CONSUME EN EL CAMINO, PORQUE ES TODO MÉDANO."



cómo el agua, bien repartida, alcanzaba para todxs, hasta que la degradación de los bosques en las nacientes y orillas del río hizo que su cauce se fuera agrandando cada vez más, su caudal se fuera perdiendo en el recorrido y su agua evaporándose por los efectos del sol y el viento.

Ahora, lxs habitantes del Bolsón de Fiambalá saben ver el agua que cabe dentro de una uva, y de la semilla que la hizo nacer. Y que su principal trabajo es cuidarla. Por eso su organización, ACAMPA, la Asociación de Campesinos del Abaucán, lleva en su nombre el río que les da la vida. Nombre que a su vez proviene de un pueblo originario que habitaba esta zona: los abaucanes.

Mientras Nabil balbucea en sus brazos intentado participar de la conversación,

Johana me cuenta que ella también es parte de la asociación que reúne a unos 120 pequeños productores distribuidos entre los pueblos, comunas y puestos de este territorio delimitado por las montañas de la precordillera, esas que ahora, ante nosotras, pueblan todo el horizonte. Detrás de ellas está el origen del Abaucán: el caudal de su cuenca, que atraviesa las provincias de Catamarca y La Rioja, depende casi exclusivamente del agua que baja por la Cordillera de los Andes. Y ese origen hoy está en peligro a causa de un proyecto de minería de litio, en sintonía con el auge que esa industria extractivista está alcanzando en Argentina.

FM Horizonte

—Acá nos ha llegado un mensaje que pide a toda la comunidad acercarse esta tarde a las cinco a levantar el bordo en el río—. La voz de Manuel, la pareja de Johana, nos acompaña en el auto a través de la FM Horizonte, la radio comunitaria de Medanitos, a donde ahora nos dirigimos.

Transitamos por un camino de tierra bordeado por médanos salpicados de algunos arbustos, que van poco a poco cediendo paso al monte nativo, a cañas y cortaderas, hasta que los cultivos de vid, olivos y hortalizas entre los que se esconden algunas casas de adobe, indican nuestra llegada a este pueblo de unos mil quinientos habitantes. Allí, una cuadra antes de que empiece la ruta asfaltada, una

pequeña casa blanca con una ventana y un gran cartel celeste: *FM Horizonte radio comunitaria. Nuestras voces, otras voces, las voces de la tierra*.

Ahora, la voz de Manuel toma cuerpo del otro lado del vidrio, con un cartel encima de él que dice “aire” iluminado con luces rojas. De este lado Carla, hija de Johana, con sus 13 años y su trenza morocha y prolija, prende y apaga el cartel mientras opera los controles que hacen esparcir la voz que nace de esta casa de un solo ambiente hacia los distintos rincones del Bolsón de Fiambalá. Creada por la asociación Be. Pe diez años atrás, hoy la radio comunitaria es gestionada en conjunto con ACAMPA y sostenida por distintas personas de la región.

Manuel es uno de sus locutores, y también integrante de ambas organizaciones. Cuando me cuenta que ya en el año ´87 se vino a vivir a la zona de Fiambalá como parte de la asociación Be. Pe, le pregunto dónde nació.

—Yo nací en… en España… —me responde y larga una carcajada con sus labios anchos y su nariz redondeada—. Yo soy de un pueblo acá del otro lado del cerro. De Catamarca, pero de otro departamento.

Manuel cuenta que el origen de la radio Horizonte fue, también, el agua. La emisora nació en 2014, después de uno de los mayores conflictos que enfrentaron lxs pequeñxs agricultorxs de Medanitos para defender ese recurso: organizadxs, lograron impedir que la bodega Cabernet de los Andes se quedara con un tercio del riego que lograban traer del río Abaucán.


FM Horizonte
Radio Comunitaria
NUESTRAS VOCES, OTRAS VOCES, LAS VOCES DE LA TIERRA
Radio Comunitaria
FM Horizonte
102.7 MHz
BOLSON DE FIAMBALA
MEDANITOS
CATAMARCA
INTA
HUERTA
Bienaventurados
Los Pobres
CONSTRUYENDO COMUNIDAD
ACAMPA

Corte de ruta por el riego

El conflicto, que más de diez años después todxs guardan por aquí en la memoria colectiva, tuvo como protagonista al Consorcio de Regantes de Medanitos. Esa entidad, que se repite en cada pueblo o ciudad de Catamarca, es la encargada de administrar el sistema de riego y hacer llegar el agua a toda la población que la necesite para sus cultivos. Aunque dependen de la División de Agua del gobierno provincial, los consorcios son conformados por gente de la propia comunidad, y en general su autonomía y orientación política cambia en cada período según quiénes lo administren. Sea como sea, el trabajo comunitario siempre permanece: los regantes asisten a asambleas y participan cada vez que hay que mantener los canales y acequias.

Manuel, quien fue presidente durante siete años del Consorcio de Regantes de Medanitos, cuenta que en esta zona el sistema de riego se organiza por turnos, es decir que el agua le llega a cada campesinx cada una determinada cantidad de días, según la época del año: entre septiembre y enero deben esperar un mes para poder regar, y en invierno, como se consume menos agua, pueden hacerlo cada 20 días.

Fue en ese contexto que, a partir del año 2005, la empresa Cabernet de los Andes S. A. le empezó a reclamar al Consorcio de Medanitos un turno de riego de 11 días y 11 noches. Ello significaba que, durante esos días, cada mes, toda el agua del río debía ser dirigida a regar 36 hectáreas de la Finca Las Retamas, propiedad de la em-

presa dedicada a la producción de vinos para la exportación, quitándole el 33% del agua a la producción de todo un pueblo, con 800 hectáreas cultivadas para alimentación, sustento de la economía familiar y autoabastecimiento. Para ello la empresa se valía de ser beneficiaria de una ley sobre Diferimientos Impositivos, a pesar de que la misma norma establecía que debían abastecerse de aguas subterráneas. Es decir: la bodega debía hacer sus propias perforaciones, y no utilizar la infraestructura del consorcio.

Ante esta situación, la comunidad se organizó y resistió. Y para ello tuvo que enfrentarse con los más diversos sectores de poder: primero, con el Poder Judicial de Catamarca, que dictó fallos a favor de la empresa. Después, con el gobierno re-

> "ERA TODO UNA MANIPULACIÓN. HABÍA UNA RADIO QUE NO NOS DEJABA PARTICIPAR, DIFUNDIR LO QUE ESTABA PASANDO. Y CUANDO YA HABÍA UNA INTIMACIÓN DEL ABOGADO TENÍAS QUE SALIR CASA POR CASA, Y ASÍ NOS UNÍAMOS PARA HACER LOS CORTES DE RUTA. Y DE AHÍ HA VENIDO LA IDEA DE BUSCAR LA RADIO QUE HAY AHORA: COMUNITARIA."

presentado en la Dirección de Riego de la provincia, que en julio de 2007 ordenó intervenir el Consorcio de Medanitos. Así fue que la tensión siguió creciendo hasta que en agosto de ese mismo año, la comunidad decidió protestar de una nueva forma: con cortes de ruta.

—Ese reclamo fue histórico, acá nunca se había hecho un corte de ruta por ejemplo. Entonces muchos lo veían mal, otros lo veían como asombrados —recuerda Manuel—. Para colmo juntamos el conflicto del agua con que el pueblo de Medanitos tenía una ambulancia vieja, ¿ha visto? Oxidada, no funcionaba. Entonces la trajimos para el corte de ruta para reclamar también una nueva ambulancia.

A pesar de que en 2008 la Corte Suprema de Justicia de Catamarca dictaminó una sentencia a favor de la bodega, los habitantes de Medanitos continuaron movilizadxs en defensa de su derecho al agua.

—Se ha intentado por todos los medios. Primero largando el agua, segundo queriendo comprar las familias del mismo pueblo para que estén a favor, tercero interviniendo el consorcio, y cuarto con las fuerzas de seguridad, policía y gendarmería, y tampoco han podido. Las veces que han venido... Y al final hemos conseguido que no lleven el agua y una ambulancia cero kilómetro —concluye Manuel con una sonrisa de triunfo que se le escapa en la mirada.

Y al instante aclara lo colectivo del triunfo: el apoyo de Be. Pe. y de una gran cantidad de personas que, afectadas o no por el conflicto, acompañaron las medidas. Una red de articulaciones que fue fundamental, especialmente porque en esa época, como cuentan en Medanitos, el único medio de comunicación que existía era una radio de la intendencia, que respondía al partido en el poder.

—Era todo una manipulación. Había una

radio que no nos dejaba participar, difundir lo que estaba pasando. Y cuando ya había una intimación del abogado tenías que salir casa por casa, y así nos uníamos para hacer los cortes de ruta. Y de ahí ha venido la idea de buscar la radio que hay ahora: comunitaria —cuenta Juan, otro de los pobladores que participó del conflicto.

LAS COMUNIDADES DESCONOCEN LAS CARACTERÍSTICAS E IMPLICANCIAS DE LA EXTRACCIÓN DE LITIO PARA SU TERRITORIO Y SUS BIENES COMUNES, LO QUE MUESTRA EL INCUMPLIMIENTO DE UNA DE LAS FUNCIONES QUE TIENE EL ESTADO: GARANTIZAR EL DERECHO A LA INFORMACIÓN Y LA AUTODETERMINACIÓN DE LOS PUEBLOS.

De los damascos a la minería

Hoy la FM Horizonte es el único medio de comunicación que permite conectar a las distintas comunidades de la zona y hacerles llegar información de su interés. Los carteles pegados con cinta scotch en puertas y paredes del interior de la radio así lo demuestran: un calendario ambiental, un afiche de una feria de semillas nativas y criollas, el dibujo de un árbol hecho por algún niño con frases que piden cuidar el aire y el bosque.

Ahora, la radio también les permite comunicarse y estar alertas ante nuevos conflictos que se avecinan. Uno de ellos es todavía la defensa del agua frente a la Finca Las Retamas, ya que el caso continúa

ESTE TIPO DE PROYECTOS NECESITAN HACER USO DE LAS AGUAS SUBTERRÁNEAS, QUE CONSTITUYEN LA PARTE DEL CICLO HIDROLÓGICO INVI-SIBLE PERO TAMBIÉN CRUCIAL PARA EL MANTENIMIENTO DE LOS HUMEDALES Y EL CAUDAL DE LOS RÍOS

en la Justicia y en los últimos días se rumorea que la empresa volvería a reclamar el acceso al riego. Otro es la minería de litio, una amenaza más nueva y desconocida para la zona, pero con una magnitud mucho mayor. Por eso, el programa Sin Filtros, que Manuel trasmite hoy como cada sábado, busca entre otras cosas informar sobre estos temas. Y lo hace desde los aprendizajes de ser locutor en una radio comunitaria:

—La gente utiliza la radio para escuchar música, noticias, quiere saludarlo al vecino que está de cumpleaños, mandar un comunicado... En la radio se juntan un montón de cosas. Por ejemplo, una vez era la época del damasco y todo el mundo me preguntaba cómo se hacen los damascos en almíbar. Y se me ocurrió contar la experiencia en la radio, y bueno comenzaron a llover los mensajes. Y después ves a la gente y te dice “mire, pruebe: estos son los damascos que yo he hecho con la receta que usted dio”. Entonces yo llegué a una conclusión: para que la gente te escuche, no tenés que hablar dos horas puramente de los temas que no se hablan, sino cosas cortitas que le lleguen. Entonces yo en ese programa



trato de decir también las otras cosas que no se dicen —cuenta Manuel.

La minería de litio es hoy una de las principales cosas que no se dicen, a pesar de que ya desde el año 2016 comenzó a realizarse en la zona de Fiambalá un proyecto de extracción de litio mediante salmueras, que se encuentra en su fase de exploración. Se trata del proyecto Tres Quebradas (3Q), propiedad de la compañía LIEX, una empresa que hasta la fecha sólo opera en la exploración de litio en Argentina. "Este proyecto incluye 11 propiedades mineras, distribuidas en un área de 30.100 hectáreas de un sistema de lagunas y salares interconectados en una cuenca que se localiza a los pies de los puntos más altos de la Cordillera de los Andes", indican los avances del informe que realiza la asociación Be.Pe. sobre la Minería Transnacional de litio en lagunas altoandinas de Catamarca.

Sin embargo, hasta hoy entre la mayoría de lxs habitantes del Bolsón de Fiambalá este proyecto resuena de boca en boca, como un rumor y, en muchos casos, como una pregunta y una preocupación. Y es que las comunidades desconocen las características e implicancias de la extracción de litio para su territorio y sus bienes comunes, lo que muestra el incumplimiento de una de las funciones que tiene el estado: garantizar el derecho a la información y la autodeterminación de los pueblos. Manuel y Johana cuentan que durante estos años, lo único que trasmiten los medios de Fiambalá, sean públicos o privados, son los beneficios que traería la minera. Y que lo mismo ocurre en todas las instituciones

estatales, desde escuelas hasta municipios, ya que desde hace tiempo reciben subsidios y donaciones de la compañía LIEX.

Las aguas invisibles

En Argentina, los proyectos mineros de litio crecen año a año con el incremento en la producción de baterías para celulares y computadoras a base de este elemento. Y es que en nuestro país existen salares con gran potencial para la producción de este mineral, varios de ellos ubicados en la provincia de Catamarca, que ya lleva largo tiempo sufriendo las consecuencias de la megaminería metalífera. Pero las particularidades de la extracción de litio y sus consecuencias comenzaron a evidenciarse recientemente y en muchas regiones, aún es difícil dimensionar su impacto. Tal es el caso de la región de Fiambalá, especialmente por tratarse de un proyecto ubicado a varios kilómetros de las comunidades y por basarse en el método de evaporación y decantación de salmueras.

De lo que no hay dudas, señalan los avances del informe elaborado por Be. Pe, es de la gran afectación que esta extracción provocará en el agua de la cuenca donde se encuentra el proyecto 3Q, en las arterias de la cordillera que alimentan también al río Abaucán y con él, a la población del Bolsón de Fiambalá. Y es que este tipo de proyectos necesitan hacer uso de las aguas subterráneas, que constituyen la parte del ciclo hidrológico invisible pero también crucial para el mantenimiento de

los humedales y el caudal de los ríos, tal como explican los investigadores Jaime Hoogesteger y Philippus Wester, citados en el mismo informe.

De lo que tampoco hay dudas es que la cantidad de agua que consumiría esta mina por segundo, si avanza en su fase de explotación, sería muchísimas veces mayor a lo que la bodega Cabernet de los Andes reclamaba para riego. Según la investigadora Ingrid Garcés, del Departamento de Química y Procesos Mineros de la Universidad de Antofagasta de Chile, por cada tonelada de litio que se extrae, se eliminan -vía evaporación- cerca de dos millones de litros de agua. “Si lo miramos en este contexto, claramente la minería del Litio es una asociada al agua”, declara en un artículo publicado por dicha universidad.

El uso y defensa comunitaria del agua que puebla los relatos de la gente del Bolsón de Fiambalá demuestra la importancia que este recurso tiene en una zona de tanta aridez. Pero es justamente esa característica la que vuelve atractiva a la región para este tipo de minería: la extrema aridez permite una mayor tasa de evaporación de las aguas en los salares altoandinos, haciendo más económica la obtención de este mineral.

Construir comunidad

El mediodía ya está entre nosotrxs y el programa Sin Filtros llega a su fin. Manuel sale de detrás del vidrio y vamos hacia la puerta de la radio. Junto a ella, se alzan los ladrillos grises de una construcción. Allí


RNMA
21 - LOS MANSEROS SANTIAGUEÑOS - JOSEFINA
07 - Los Tekis - La Mamareña
CX
PERFORMANCE
DIEZ PESOS

trabajan unos cinco hombres, cubiertos con gorras y remeras que les cuelgan de la cabeza, camisas hasta las muñecas y pantalones largos: los casi 40 grados de calor que sufrimos parecen aumentar con sólo mirarlos. Alrededor hay largas cañas apiladas, vegetación de la zona que según cuenta Johana, es muy usada por la gente de Medanitos para levantar sus casas, construir techos, o como secadero de sus producciones.

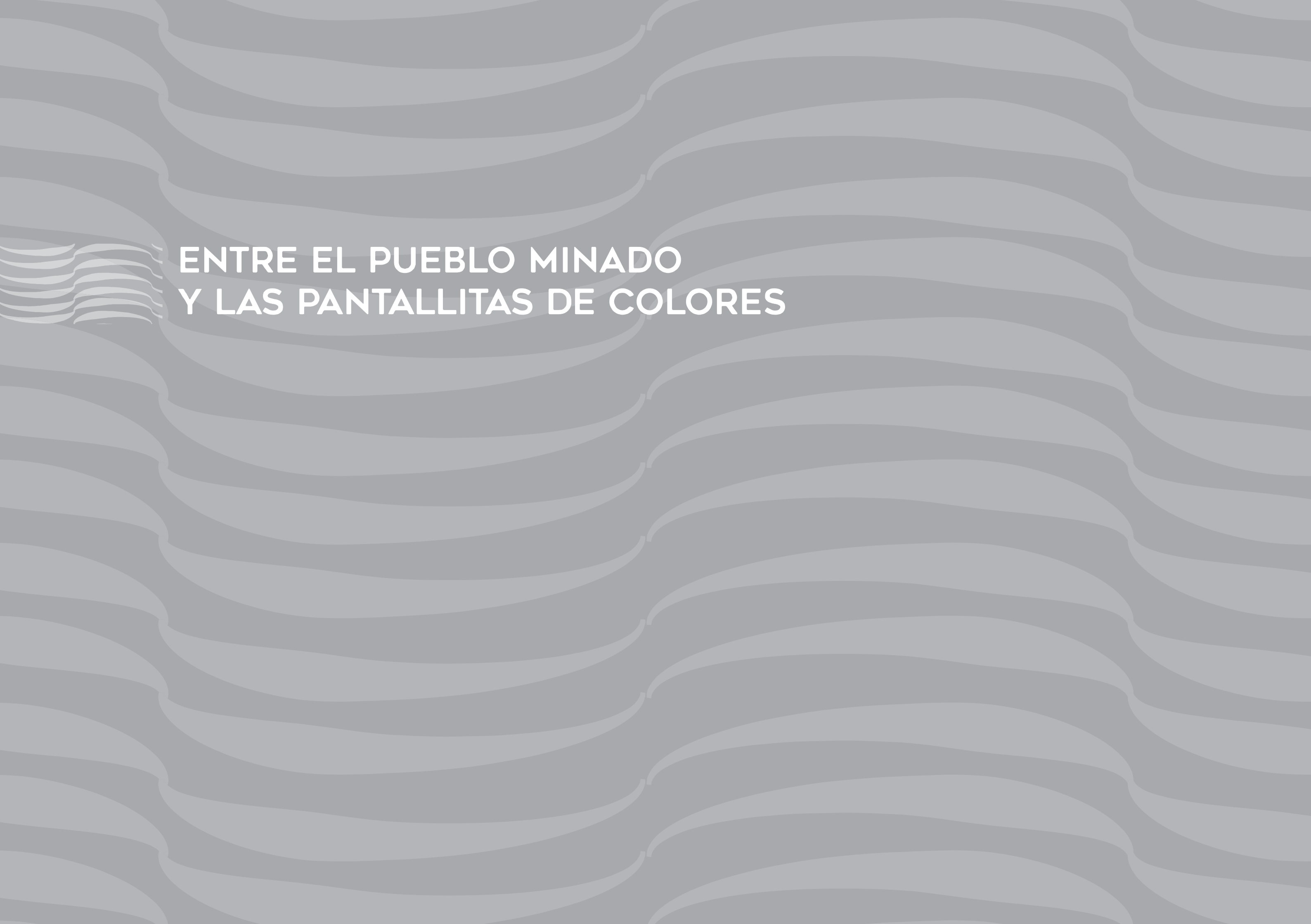
Pronto, esos ladrillos se transformarán en la sede de ACAMPA que, desde su nacimiento en 2009 como la primera organización campesina de la zona, ha ido creciendo hasta llegar a construir un espacio propio, gracias a los materiales que lograron gestionar en la Nación y la Provincia.

—El estado municipal se había comprometido a colaborar con la mano de obra para la sede pero nunca lo hizo, y ahí quedamos con la construcción sin terminar. Por eso ahora se está trabajando aquí —cuenta Manuel—. Pero también pasa eso, ¿te das cuenta? Y si ACAMPA decidiera pedirle ayuda a la minera, mañana tendría todo terminado. Vendrían corriendo a terminarla. ¿Pero después de eso qué?

“Y SI ACAMPA DECIDIERA PEDIRLE AYUDA A LA MINERA, MAÑANA TENDRÍA TODO TERMINADO. VENDRÍAN CORRIENDO A TERMINARLA. ¿PERO DESPUÉS DE ESO QUÉ?”

Los cinco hombres, campesinxs y vecinxs, siguen cortando ramas para desmalezar una parte del terreno, hasta que pierden la lucha contra el sol de mediodía y buscan un refugio donde sentarse a comer. Poca gente todavía circula por la calle de tierra de Medanitos: la siesta avanza, desapareciendo las sombras y dejando el vuelo de las moscas en medio del silencio.





ENTRE EL PUEBLO MINADO Y LAS PANTALLITAS DE COLORES


KIOSCO
Sarcasmo
Farmacia

Un cierto aire de tiempo detenido, de pueblo fantasma, circula a una cuadra de la plaza central de Fiambalá. Lo único que habita es un silencio caluroso y una profesora que camina buscando algún alivio de sombra por la vereda de enfrente. No se trata de ninguna cuarentena, sino del encierro que mandan los 40 grados de la siesta catamarqueña en los primeros días de marzo. Aquí y ahora, las palabras pandemia y coronavirus sólo suenan en las pantallas, como noticias lejanas de otros países, aunque en pocos días serán una realidad que lo cambie casi todo. Casi.

Unos metros más adelante, hay una casa de color crema, aberturas de madera y una fachada simple, austera, con un gran cartel que la distingue del resto: "Liex S.A. – Relaciones comunitarias". No se trata de un centro comunitario, tampoco de un club o una ONG: Liex S.A. es la empresa representante en Argentina de la minera canadiense Neo Lithium, que en 2016 comenzó el proyecto Tres Quebradas para la extracción de litio mediante salmueras en la región de Fiambalá, a pocos kilómetros del límite con Chile.

Aunque hace ya cuatro años que esta mina comenzó su fase de exploración en la zona y hace un año que posee una planta piloto funcionando en el pueblo mismo de Fiambalá, las palabras Liex y litio resuenen entre lxs vecinxs como un murmullo sin certezas. Esta casa es la presencia más visible de la empresa en el pueblo, el lugar donde, según Google, se encuentra su oficina administrativa. Tiene una reja que permanece abierta y otro cartel grande en su portón de madera que reafirma: "Abierto".

Detrás de las fachadas, como horizonte de las calles de tierra o por encima del cartel de la remisería, se alzan unas montañas inmensas. Y detrás de ellas, a más de 4 mil metros de altura, en un área natural protegida sobre la misma Cordillera de los Andes, la presencia más invisible de la empresa: la mina donde Liex realiza, en su etapa exploratoria, la salmuera para extraer el litio y el agua. Una de las pocas actividades que permanecerá por aquí cuando las palabras pandemia y coronavirus aterricen en nuestro país y detengan casi todo lo demás.

Pero nada de esto puede deducirse de esta fachada y el cartel que la acompaña. En la vereda de enfrente está la despensa de Elena, una radio y un negocio de ropa, aún cerrados por el horario imposible de la siesta.



Las becas de la esclavitud

“Fuera todos los codiciosos. Pagan a mentirosos que están al servicio de las empresas mineras asegurando que todo está bien... El agua es del pueblo sí o sí”. Todas esas frases cuelgan de unas ramas en el frente de una casa. Están escritas con fibrón sobre una tela, por debajo de la cual se asoma una madera escrita prolijamente con un aviso de que se alquila departamento por día. Sin

dudas, ésta es la casa de Nicolasa, una de las vecinas que integra la asamblea Fiambalá Despierta, organización que lleva años manifestándose en contra de la minería en su territorio.

Mientras cruzo la calle para entrevistarla, aparece una vez más la palabra Liex, esta vez escrita en grande sobre una camioneta, conducida por un chico joven, morocho, de gorra. Hago palmas a falta de timbre y Nicolasa se asoma detrás de un pallet apoyado sobre la puerta, que impide la entrada de los dos perros que me rodean.

—Cuando ya había entrado la minera hicimos un corte de ruta, para no dejar pasar a una comitiva que venía con la gobernadora —me cuenta desde su piel morena, que hace brillar su remera blanca con corazones y mariposas, cuando le pregunto por la mina de litio.

—Éramos casi todas mujeres, y al menos yo, estaba emperrada: no queríamos que vaya a inaugurar 3 Quebradas antes de que venga y hable con el pueblo… ¿Y sabe a quién mandó? A gendarmería, a la policía de infantería.

Poco tiempo después de aquel episodio, me cuenta Nicolasa ya sentada en la galería de su casa de adobe, algunas personas del pueblo recibieron una invitación para asistir a una charla donde serían informados sobre la nueva minera.

—Allí mismo los han hecho firmar un papel, un acta, y eso le ha valido a ellos como licencia social. A nosotros, a todos los que estamos en contra ni nos han mencionado, ¡han buscado gente que esté a favor!

Desde la asamblea Fiambalá Despierta cuentan que ese documento fue la única res-

puesta gubernamental que hasta ahora recibieron sobre el proyecto: ante su pedido de información, la Secretaría de Minería de la Provincia les envió el acta de asistencia a esa charla técnica como prueba de la audiencia pública y la instancia de participación de la comunidad que exigen las leyes ambientales. El problema, señalan, es que esa instancia no fue una audiencia ni tuvo carácter público: sólo pudieron enterarse y participar quienes recibieron invitaciones personalizadas, y la mayoría de las firmas correspondían a empleados municipales o jóvenes becados por el gobierno local.

Nicolasa cuenta que después de aquellas primeras manifestaciones en contra de Liex, la participación cuesta cada vez más, que varias personas ayudan como pueden y de manera anónima en las acciones de la asamblea, justamente por su dependencia laboral con el municipio:

> **LA GENTE TIENE MIEDO PORQUE LA AMENAZAN... UNA MUJER, CUANDO LE PREGUNTÉ POR QUÉ NO VENÍAN MÁS, ME DIJO QUE CUANDO SALÍAMOS A MANIFESTARNOS POR LA MINA DE LITIO, LES DIJERON: "NO LOS QUIERO VER MÁS CON ESOS LOCOS, PORQUE SI NO LA PRÓXIMA VEZ QUE USTEDES SALGAN, DIRECTAMENTE NO VENGAN A TRABAJAR".**

—La gente tiene miedo porque la amenazan... Una mujer, cuando le pregunté por qué no venían más, me dijo que cuando salíamos a manifestarnos por la mina de litio, les dijeron: "No los quiero ver más con esos locos, porque si no la próxima vez que ustedes salgan, directamente no vengan a trabajar" —recuerda Nicolasa.



Las becas que otorga el municipio pueden rondar los $4000, pero representan un ingreso esencial para una buena parte de la comunidad de Fiambalá, acorralada por la falta de oportunidades con un gobierno que propicia el asistencialismo por sobre la autonomía y la economía local. Y Nicolasa no es la única que habla del rol que cumplen las presiones y amenazas para garantizar la licencia social de Liex. Johana, otra habitante del pueblo que forma parte de la ONG Be Pe, repite casi las mismas palabras que su vecina:

—Cuando recién entró la minera había asambleas, marchas en contra de la minera. Muchos eran becados del municipio y decían: "Sí, yo conozco, se cómo es el tema este, pero tengo miedo de salir, si llegamos a salir nos sacan la beca del municipio".

Además del municipio, Liex ofrece donaciones y ayuda económica a distintas instituciones del pueblo. Mientras juega a girar las bolitas fucsias y celestes que cubren la tira de sus anteojos sobre la mesa, Nicolasa dice que ella es catequista, así que cuando se enteró de que la empresa también había ido a ofrecer a la iglesia, se fue a ver al cura y le dijo: "Padre, yo no quiero ver que usted reciba de la minera, porque esa minera está ilegal".

—¿Y qué le respondió el cura? —le pregunto.

—No los quiere el cura. Igual parece que algo acepta... pero así, públicamente, no. ¿Pero se cree que nos acompaña, en una manifestación o en algo? Nooo. No sé si está a favor del gobierno, de la minera... lo único que él dijo fue: "Yo soy padre del bueno y del malo".



Aprendizajes del saqueo

Con sus manos deslizándose sobre el mantel de hule con girasoles que cubre la mesa en la que conversamos, Nicolasa cuenta que ya lleva más de 13 años en este tema: sus primeras participaciones en asambleas contra la minería fueron allá por 2007, cuando personas de otras localidades y provincias movilizados por esta problemática llegaron a Fiambalá para traer aquí el debate.



—Yo no entendía nada, pero fui a escuchar —dice Nicolasa y recuerda la presencia de investigadorxs y especialistas que advertían sobre las consecuencias de la minería. Pero lo que más le impactó fue escuchar a una directora de escuela de la ciudad de Andalgalá, quien les contó todo lo que había sufrido su comunidad después de más de veinte años de albergar a Bajo la Alumbrera, la mina de oro y cobre más grande del país ubicada aquí, en Catamarca. Después de escuchar, Nicolasa empezó a viajar: con su marido asistió a asambleas en Tucumán, en Belén, en Tinogasta. Y así fue cómo comenzó a formar parte de la asamblea de su propio pueblo.

Ahora, la mujer de cuerpo ancho y pelo largo, con su trenza cayendo sobre su hombro izquierdo, se indigna con el silencio que reina en las pantallas del pueblo en torno a la minería: en la tele, sólo ve pavadas, en la radio, otras pavadas. A ella, dice, le gustaría que esto empiece a salir en los medios y repudien la mentira que hacen las mineras. Son capaces de hacer cómplices a todo el mundo..., —agrega con su voz demasiado baja que se pierde entre el sonido de las motos que pasan por la calle.

—Justamente ahora estaba mandado a la radio un repudio, porque la Secretaria de Minería no habla con la gente que reclamamos: nos dice ignorantes, que nos oponemos al progreso, que a los viejos ya se nos ha pasado el tiempo, y le lava la cabeza a los jóvenes para que apoyen a la minera.

Después retoma las palabras de la bandera que cuelga en la entrada de su casa:

—Lo que deja la minería es para los gobiernos y para algunos pícaros, porque el resto… Algunos dicen "aah, les gustan los vehículos, les gustan los celulares". Sí, ¡pero los pagamos! Yo me quería comprar un anillito de oooro, ¿y sabe cuánto me querían cobrar? —me pregunta con su tonada catamarqueña y suspira—. ¡50 mil pesos! ¿Cuánto pagan ellos? ¿10 centavos? ¿Y el oro que se llevan? Con una monedita de oro nosotros pagamos el agua, este piso, que no lo terminamos nunca porque tenemos que pagar rentas… ¿Cuándo va a ser nuestra, nuestra casa?

Pensativa, Nicolasa recuerda entonces los relatos de su padre. Él era minero en esta misma provincia, en la época en que ese oficio significaba adentrarse en la montaña en busca del brillo de alguna veta entre la oscuridad de los socavones. Pero él tampoco se quedaba con las moneditas: "Las mineras son buenas pagadoras -le contaba su padre ya jubilado cuando Nicolasa era chica-, pero yo les envidiaba cuando cargaban los camiones llenos de oro, de plata, y nosotros no podíamos ni sacar una piedrita porque nos mataban, nos corrían de ladrones".



Escuchar al otro

Una pintada escrita con aerosol blanco sobre una pared de adobe, frente a un monte de algarrobos, anuncia: “Si no tengo nada, no tengo nada que perder”. Sigo caminando en dirección opuesta a la plaza principal.



De a poco la siesta cede y la gente aparece. Dos adolescentes con uniforme esperan a una tercera que se les suma y arrancan en moto. Una señora sonríe y me saluda mientras espera a su hija debajo de un altar de la virgen de Lourdes, frente al comité de la UCR. Después, el hospital, la Casa de la Juventud, y ya donde la calle se transforma en ruta, según indican las líneas amarillas que aparecen en medio del asfalto hirviente, de nuevo Liex. Tres galpones grandes de chapa protegidos por un alambrado, cubierto con media sombra que no deja ver dentro del predio, y un nuevo cartel, que esta vez advierte: “Prohibida la entrada a toda persona ajena a la empresa”.

Según las comunicaciones oficiales de la firma, esta es la planta piloto de la minera, puesta en marcha en 2019. Allí, se realiza la producción de carbonato de litio a partir de la salmuera que proviene de 3 Quebradas, en la Cordillera. “El proyecto 3Q se encuentra en la provincia de Catamarca, la mayor área productora de litio en Argentina. El proyecto cubre aproximadamente 35,000 hectáreas y el salar dentro de esta área es de aproximadamente 16,000 hectáreas”, señala Neo Lithium en su página oficial. En ese enorme territorio en alturas, la empresa avanza con perforaciones, estanques de evaporación y pozos de producción para ex-


Liex SA


EL PISSIS
NO SE TOCA
S.O.S.
Semilla
JUSTICIA TIERRA
Y LIBERTAD

traer el mineral que se destina a la fabricación de baterías para autos, celulares, computadoras y demás productos electrónicos. Una extracción que, a la escala que se pretende, requerirá el uso de millones de litros de agua por día, con consecuencias en los sistemas hídricos de una zona árida, donde la escasez de agua ya es la regla.

La salmuera concentrada que se obtiene de la montaña luego es transportada por unos 160 km hasta llegar a estos galpones en el pueblo de Fiambalá. Una vez aquí, según indica la propia empresa, "se ajustan detalles para lo que será la Planta en su etapa de producción", que por ahora tiene una capacidad de unas 40 toneladas de carbonato de litio por año. El comienzo de la producción se espera para el año 2021.

Mientras tanto, en algún cajón del Concejo Deliberante y de la Municipalidad, duermen las notas presentada por vecinxs e integrantes de la asamblea Fiambalá Despierta basadas en el derecho a la información pública: desde la primera, realizada cuando se conoció la llegada de la mina cuatro años atrás, hasta la última, presentada en septiembre de 2019, que solicitaba a sus representantes respuestas sobre "la instalación de una planta piloto de tratamiento de litio de la empresa minera Liex SA". Tanto lxs concejalxs del oficialismo, Frente para la Victoria, como de la oposición, Frente Cívico - Cambiemos, expresaron no tener información al respecto, y hasta el día de hoy, con la planta piloto en pleno funcionamiento, las respuestas aún no aparecieron.

"Consenso no significa estar de acuerdo con todo, sino tener una mayoría que acuer-

MIENTRAS TANTO, EN ALGÚN CAJÓN DEL CONCEJO DELIBERANTE Y DE LA MUNICIPALIDAD, DUERMEN LAS NOTAS PRESENTADA POR VECINXS E INTEGRANTES DE LA ASAMBLEA FIAMBALÁ DESPIERTA BASADAS EN EL DERECHO A LA INFORMACIÓN PÚBLICA: DESDE LA PRIMERA, REALIZADA CUANDO SE CONOCIÓ LA LLEGADA DE LA MINA CUATRO AÑOS ATRÁS, HASTA LA ÚLTIMA, PRESENTADA EN SEPTIEMBRE DE 2019, QUE SOLICITABA A SUS REPRESENTANTES RESPUESTAS SOBRE "LA INSTALACIÓN DE UNA PLANTA PILOTO DE TRATAMIENTO DE LITIO DE LA EMPRESA MINERA LIEX SA".

da y una minoría que es escuchada y respetada" afirmaba en agosto de 2019, un mes antes de la presentación de aquella nota, Roberto Lencina, consultor de Relaciones Comunitarias y Prensa de Liex, en una publicación de la Cámara Argentina de Empresarios Mineros (CAEM). Y agregaba: "Nuestra industria para crecer necesita comunidades fuertes y protagonistas de lo que les está pasando, porque ese es nuestro mejor reaseguro. Comunidades que cuestionen con información válida, y con una enorme capacidad de escuchar al otro".

Bordeo una acequia, acompaño el agua marrón que corre en un estrecho canal de piedra frente a los galpones de Liex, para volver al centro del pueblo y escuchar más voces de esa comunidad, fuerte y protagonista.

El zorro en el gallinero

—Soy yo —me dice la mujer que viene caminando desde el fondo con su camisa blanca y negra y su pelo negro y largo cuando me escucha preguntar por Elena, ahora que ya son las ocho de la noche y la puerta de la despensa está abierta.

Ella es parte de la asamblea Fiambalá Despierta. Pertecene, además, a la Unión Cívica Radical, partido por el que hace tiempo fue concejal del pueblo y que hoy es oposición en el municipio, en la provincia y en la Nación. Cuando le pido una entrevista, ni lo duda: deja el negocio a cargo a un chico y saca dos sillas de plástico a la vereda para que el aire nos ayude a resistir un poco mejor el calor que todavía permanece. Ahí nos ubicamos, justo al frente de la oficina de Liex, de su cara visible.

—Ellos vienen a vender espejitos de colores. Vienen y le dicen a la gente "no necesitamos agua porque se evapora y vuelve de nuevo a los campos, al río…". MENTIRA, MENTIRA —grita Elena con un énfasis puesto en cada gesto, en cada letra, cuando le pregunto sobre el proyecto de minería de litio—. Todos sabemos que utilizan mucha agua, muuucha agua utilizan. Y después vamos a tener nosotros el gran problema.

Su indignación lleva años: fue cuando ella todavía era concejal que presentaron una de las primeras notas pidiendo información sobre la mina de litio. Quedó ahí, sin respuestas dice y agrega:

—Aquí nos han vendido atados de pies y manos, sin preguntar por lo menos al pueblo, a la sociedad, qué es lo que uno quiere. Han tomado la decisión la intendenta, el go-



> EL OTRO DÍA ESTUVE CONVERSANDO CON EL TIPO DE LA MINERA Y LE PREGUNTABA: ¿QUIÉN VA A CONTROLAR TODO ESO? Y ME DICE QUE ELLOS TIENEN LA GENTE ESPECIALIZADA PARA CONTROLAR. AH, MUY LINDO, LE DIGO: ES LO MISMO QUE PONER UN ZORRO DENTRO DE UN GALLINERO.



bernador. No sé cuántos viajes van haciendo para hacer "inversiones", según ellos. ¿A traer qué? ¡El saqueo de nuestro pueblo! Nosotros somos los responsables que hemos permitido esto ¿por qué? Porque aquí la gente realmente es pecho frío, mamá... A la gente no le importa: vos le decís y miran para otro lado.

Mientras charlamos la gente pasa, la saluda, le paga, pero ella ni se fija en lo que le entregan: está concentrada en responder sus propias preguntas. Y en desmentir a la empresa:

—La gente que ellos dicen que toman para trabajar son muy pocos del pueblo, porque tienen que traer gente especializada, y nosotros acá lamentablemente no tenemos. El otro día estuve conversando con el tipo de la minera y le preguntaba: ¿Quién va a controlar todo eso? Y me dice que ellos tienen la gente especializada para controlar. Ah, muy lindo, le digo: es lo mismo que poner un zorro dentro de un gallinero.

Más allá de que la mina todavía está en fase de exploración, Elena dice que ya está, que ahora, en cualquier momento, van a empezar con la explotación. Y buscando imaginar el futuro dice que ellos ya tienen ejemplos de lo que pasa en Chile, que en todas partes a donde ha habido minería lo que

quedan son pueblos fantasmas. Después menciona el conflicto por minería de litio que sufren en Antofagasta de la Sierra, aquí en esta misma provincia, donde desde hace más de veinte años la empresa FMC, ahora Livent, se encuentra instalada en el Salar del Hombre Muerto.

—Ahí el Río Trapiche ya no tiene agua, las vegas ya están secas y los pastos todos amarillos —dice Elena mientras barre el aire con la mano para describir la situación. Y cuenta que ahora la comunidad de Antofagasta está peleando para defender el río Los Patos, el de mayor caudal de la región.

La minera Livent busca construir un acueducto en ese afluente para extraer el agua que requiere la producción de litio. A ella se suman otras cuatro empresas mineras que también pretenden sacar agua del río

> “AHÍ EL RÍO TRAPICHE YA NO TIENE AGUA, LAS VEGAS YA ESTÁN SECAS Y LOS PASTOS TODOS AMARILLOS -DICE ELENA MIENTRAS BARRE EL AIRE CON LA MANO PARA DESCRIBIR LA SITUACIÓN.”

Los Patos. Según la Asamblea Pucará -espacio que reúne a asambleas ambientales de toda la provincia-, la cantidad que se solicita extraer de ese acueducto en el Informe de Impacto Ambiental es descomunal: 650.000 litros de agua por hora.

Anormalidades que permanecen

—Y las relaciones comunitarias… —dice Elena tragándose la risa cuando le preguntó qué significa ese cartel que vemos enfrente.



—Eso es si vienen, por ejemplo, los jugadores del club y necesitan una camiseta, unos botines, y la empresa se los da, cosa que no es nada para ellos: NADA. Con todo lo que se van a llevar o se están llevando ya de los recursos naturales nuestros... ¡Eso es igual que sacarle un pelo a un gato!

Aunque en junio pasado la empresa informó que su oficina se trasladaba a su base central, es decir, a la planta piloto, sus "relaciones comunitarias" están más activas que nunca. Durante la cuarentena, mientras mantuvo la extracción en la mina, en el pueblo ya donó una máquina fumigadora para el dengue al municipio, barbijos a la Policía, el Hospital y la Gendarmería Nacional y sólo se vio obligada a suspender temporalmente su "Clínica de Running", a cargo de un atleta local al que Liex le paga viajes y viáticos para participar de competencias desde el año 2017.

"La nueva ¨normalidad¨ que tanto anhelamos debe ser, sin dudas, mejor; plena de diálogo, acuerdos y vínculos positivos. Hacia allí los invitamos a caminar juntos", afirma la empresa en el boletín que publica bajo el nombre de "Comunidades".

Desde dentro del almacén de Elena se escucha un cuarteto que suena en la radio. Nos despedimos frente a la oficina de la empresa con el caer de la noche. El nombre del negocio de ropa que se encuentra justo al lado de la despensa parece responder, como un diálogo de vereda a vereda, con otro cartel: Sarcasmo.


RIO ABAUCAN
FINCA DE MANUEL
EL POZO
PALO BLANCO
Medanitos
SAUJIL
FIAMBALA
APUCANGO
RIO GUANCHIN
TINOGASTA



LA ENERGÍA CONTRA EL FUTURO



Vi una campesina llorar por la falta de agua, y eso debería alcanzar. Vi sus frutales cediendo ante la tierra seca. La vi aplastar un pañuelo de tela rosada sobre su rodilla, y bajar su mirada hacia el gesto de sus manos para ocultar las lágrimas que surcaban sus arrugas, y eso debería alcanzar para que cambiemos el rumbo. Pero hemos olvidado que del agua venimos, que de agua estamos hechos, que de ella vivimos. Así que hacia allá vamos, ahí donde las gotas saladas terminan en los labios de una mujer que pide agua, sin saber aún que la minería empieza a arrebatársela en silencio.

—Vamos a la terminal —digo cerrando la puerta del auto amarillo.

—¿A dónde viajas?

—A Catamarca.

—Uuuhh, ¡pero te vas a morir de calor! —me dice el taxista con las manos pegadas en el volante mientras avanza por el centro de la ciudad de Córdoba en las puertas del otoño.

Son las seis de la madrugada y los dos sentimos un primer calor que amenaza crecer con un resplandor naranja entre la última oscuridad. El sol acecha. Y el taxista se preocupa: que hoy va a estar duro el día, que él ayer a las 9 de la mañana ya estaba prendiendo el aire acondicionado, que en el sur, en Río Negro, Neuquén, está haciendo como 30 grados, que son lugares que no están preparados para tanto calor... Que qué terrible.

Así empiezan a correr los primeros minutos de las 14 horas de viaje distribuidas en colectivos, autos y camionetas que se-



paran el asfalto cordobés de los rincones más profundos del Bolsón de Fiambalá, un valle bordeado por la Cordillera de los Andes. Un horizonte de montaña que en sus pliegues esconde el humedal de las lagunas altoandinas de Catamarca, sitio protegido por el convenio internacional Ramsar debido, entre otras cosas, a la función que cumple en la regulación de la temperatura global. Ahí, en una de esas lagunas que son sumideros de gases de efecto invernadero, que garantizan la conservación de los glaciares y que permiten monitorear cambios climáticos globales, se esconde también el proyecto de minería de litio Tres Quebradas de la empresa LIEX S.A.

El colectivo está demorado. Los rayos empiezan a asomar con más fuerza entre los edificios que rodean la terminal y todavía no sé hasta qué punto mi destino marca las temperaturas inusuales de esta madrugada cordobesa.

Viajo a una de las tantas raíces humanas del cambio climático.

De sales y celulares

Después de kilómetros de monte, la ruta empieza a estar surcada por la sal, a medida que atravesamos las Salinas Grandes y nos adentramos en territorio catamarqueño. De aquel lado de la ventanilla, el piso se vuelve blanco, salpicado con algunas manchas verdes de pequeños arbustos; de este lado, un adolescente rubio juega con su celular. El teléfono queda en contraste con el blanco del salar, y resulta difícil en-

tender cómo ese aparato tan prolijo que manda y recibe señales de todo el mundo está hecho, en parte, de lo que se esconde en este suelo árido, inhóspito, solitario.

La extracción de litio de la salmuera presente en los salares aumentó en las últimas décadas de la mano de la producción de baterías para celulares y computadoras. Actualmente su demanda creció tanto que se habla de la "fiebre del litio" o del "oro blanco", una fiebre que ya llegó a nuestro país, donde hay varios salares con potencial para esta minería en las provincias de Catamarca, Jujuy y Salta. En Argentina ya existen 18 proyectos avanzados de litio, además de proyectos en exploración inicial en 23 salares, según informó la Secretaría de Minería de la Nación en enero del año 2020.

EL CELULAR QUE MANTIENE OCUPADO AL ADOLESCENTE EN SU ASIENTO, LAS PANTALLAS DE LAS QUE HACEMOS USO Y ABUSO CADA HORA, ESCONDEN EN SU MATERIA PRIMA EL CONSUMO A GRAN ESCALA DE UNO DE LOS BIENES COMUNES MÁS ESENCIALES PARA LA VIDA HUMANA PRESENTE Y FUTURA, JUSTAMENTE AHÍ DONDE ESCASEA.

La salmuera es uno de los líquidos presentes en los salares, que las mineras extraen con bombas especiales a varios metros de profundidad. Durante un largo proceso, el agua se va evaporando a cielo abierto en grandes piletones para lograr que se concentre el mineral, que luego se



separa para generar el carbonato de litio que se vende fuera del país. Este es el método más barato para extraer litio, porque la evaporación depende de las condiciones meteorológicas excepcionales de lugares como la puna y los humedales altoandinos, relacionadas con la extrema aridez y las escasas lluvias; es decir, con la falta de agua.

Un método que ha sido catalogado de prehistórico por la Dra. Verónica Flexer, electroquímica del CONICET y experta en litio, quien explica que "una explotación promedio de litio, con el método evaporativo en las salmueras, evapora aproximadamente 10 millones de metros cúbicos de agua por año. Esa cantidad es equivalente al consumo de una ciudad de 70.000 habitantes en el mismo periodo de tiempo". Esta situación lleva a muchxs a considerar que "la minería del litio en salares, es una minería del agua", tal como afirma la investigadora y docente de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Susana Gallardo.



Según un informe de la asociación Be. Pe. sobre la Minería Transnacional de litio en lagunas altoandinas de Catamarca, un 44% del litio producido a nivel mundial se destina a la fabricación de baterías, y

el 56% restante a otros usos industriales (entre ellos, la fabricación de agrotóxicos, la física nuclear y los acondicionadores de aire). Es decir que el celular que mantiene ocupado al adolescente en su asiento, las pantallas de las que hacemos uso y abuso cada hora, esconden en su materia prima el consumo a gran escala de uno de los bienes comunes más esenciales para la vida humana presente y futura, justamente ahí donde escasea.

El colectivo llega a destino. La ciudad de Catamarca arde en silencio en plena siesta, donde me espera Mercedes, de la asociación Be.Pe., para subir a una camioneta y seguir avanzando sol adentro.

De triángulos y montañas

—Esta es la única sombra por acá —dice Manuel cuando bajamos del auto y nos acomodamos bajo un algarrobo a comer unos sándwiches. Sus palabras sobran: desde que salimos de la ciudad de Fiambalá, donde pasamos la noche, para avanzar sobre un mediodía de 40 grados rumbo al norte, sólo vimos algún que otro arbusto a ras del suelo entre la tierra seca. Así que cuando tomamos una bifurcación y un par de árboles se abrieron ante nosotrxs, vimos un oasis.

Manuel y su pareja Johana, junto a sus hijxs Carla y Nabil, nos acompañan en esta parte del trayecto, donde el asfalto ha desaparecido, y no hay carteles ni pobladores que indiquen el camino. Lxs dos



AHÍ ATRÁS, EN EL LUGAR DONDE LA NIEVE SE VUELVE AGUA DE DESHIELO Y BAJA POR LAS CUENCAS A SACIAR LA SED DE TODO EL VALLE, ESTÁ LA MINERÍA DE LITIO.

son grandes conocedores de estas latitudes: su participación en la ONG Be.Pe., en la Asociación de Campesinos del Abaucán (ACAMPA) y en la FM Horizonte, la radio de la zona, los lleva a recorrer incansablemente estos paisajes.

—Todo este círculo entre montañas es el Bolsón de Fiambalá. Acá estamos en precordillera —dice Manuel con su brazo ancho y morocho apoyado en la camioneta blanca y el otro sosteniendo su sándwich—. Allá está el cordón de San Buenaventura —dice levantando ahora su brazo hacia el norte para indicar varios picos de más de 5000 metros de altura que marcan el final de la Puna—. Y ahí atrás es donde está la minera: donde hay un valle como este que ya es cordillera —agrega, señalando la Cordillera de los Andes que cubre el horizonte en el oeste.

Ahí atrás, en el lugar donde la nieve se vuelve agua de deshielo y baja por las cuencas a saciar la sed de todo el valle, está la minería de litio. Ahí, donde se elevan las cumbres más altas de América como el Monte Pissis, el segundo volcán más alto del mundo, está el Proyecto Tres Quebradas, que toma su nombre justamente de una de las lagunas altoandinas de Catamarca. Ahí, en el humedal protegido internacionalmente, la empresa LIEX de la minera canadiense Neo Lithium avanza desde hace años en la exploración de un





proyecto de extracción de litio mediante salmueras que abarca, según la propia firma, una superficie de aproximadamente 35.000 hectáreas.

Las montañas que vemos alzarse hacia el cielo albergan en su interior una de las mayores reservas de litio. Junto a otras zonas de Argentina, suman el 19% de los recursos de este metal en el mundo, que llevan a que nuestro país forme parte del llamado "Triángulo del litio" junto con Bolivia y Chile. Incluso, la revista Forbes comenzó a hablar de la unión de los tres países como la "Arabia Saudita del litio", ya que juntos concentran más de la mitad del mineral que se proyecta como indispensable para la energía en el futuro, al igual que lo fue el petróleo durante el siglo XX.

Pero tal como señala el informe que realiza Be.Pe. "la denominación de la zona como Triángulo del litio reproduce dos de las condiciones básicas del extractivismo". Por un lado, la marcada concentración en el mercado de este mineral, cuyos yacimientos "están casi absolutamente en manos de privados transnacionales sin tener el Estado nacional ningún tipo de política o participación en la cadena de valor del litio" y sin obtener prácticamente ninguna rentabilidad. Por otro lado, esta denominación define los territorios de acuerdo a las materias primas que pueden disponer para el sistema productivo y económico mundial, ocultando sus características particulares y su rol en el medio ambiente, inevitablemente global.

En otras palabras, en la zona de Sudamérica donde el "Triángulo del litio" ve con-



centración de sales y minerales a exportar, existe un ecosistema de humedales que involucran no sólo salares, sino también ríos, vegas, glaciares cordilleranos, flora y fauna adaptadas a ambientes desérticos, capas de agua dulce y salada en un complejo sistema de acuífero subterráneo que ha tardado miles de años en formarse, y hasta rocas que datan del origen de la vida en la Tierra. Un territorio donde, además, habitan poblaciones humanas, comunidades originarias y campesinas, que dependen del ecosistema que les rodea.

—Ahí va la gente a hacer andinismo, que ahora está de moda. Antes, a los turistas que iban a escalar los llevaban los arrieros, los puesteros de la zona: se iban con ocho, diez mulas para llevar sus cosas, alimentos, los dejaban ahí y a los días los iban a bus-

LAS MONTAÑAS QUE VEMOS ALZARSE HACIA EL CIELO ALBERGAN EN SU INTERIOR UNA DE LAS MAYORES RESERVAS DE LITIO. JUNTO A OTRAS ZONAS DE ARGENTINA, SUMAN EL 19% DE LOS RECURSOS DE ESTE METAL EN EL MUNDO, QUE LLEVAN A QUE NUESTRO PAÍS FORME PARTE DEL LLAMADO “TRIÁNGULO DEL LITIO” JUNTO CON BOLIVIA Y CHILE.



car. Pero desde que abrieron huellas para las mineras ya los llevan en 4×4 —cuenta Manuel mientras terminamos nuestra parada de almuerzo.

El arriero va

Arena y más arena. Huellas que vuelan en medio del guadal. Después, un camino angosto donde el verde crece, los animales aparecen -unas veinte cabras y cabritos nos miran pasar- y las espinas del monte chirrían contra la chapa del auto hasta desembocar en un conjunto de álamos que se elevan hacia el cielo. Entonces, Juan aparece. Imposible no escuchar nuestros motores que se acercan entre el silencio de canto de pájaros que lo rodea.



Mientras Manuel empieza a bajar del auto herramientas, bolsas arpilleras y otros materiales que le trae para su puesto, Juan nos saluda con su gorra y una camisa colgando a los costados de su cara a modo de pelo largo. Su recibimiento es suave, de gestos pausados: ni una pizca de la euforia esperable en alguien que lleva días, quizás semanas, en soledad, puede leerse en su mirada vidriosa y calma.

—Nosotros aquí prácticamente nos hemos criado, todo es sacrificio nuestro. Cuando yo tenía doce años y mi hermano veintidós años hicimos estas pircas, todo traído a angarillas, a espalda —empieza diciendo Juan con su tonada catamarqueña y campesina y señala la pared de piedras grandes de la casa que bordea un costado de la galería en la que nos sentamos.

Rodeadxs de monturas y alambres, nos ponemos a tomar mate frente a un fogón donde humea una pava negra de hollín. Arriba, tres pedazos de carne y varios cueros de cabra cuelgan del techo.

—Y bueno, después me fui yo a rolar tierra, como se dice, y mi hermano quedó aquí. Y ya ahora está viejo, poco puede, así que decidí venirme a acompañarlo y a cuidar lo que hemos hecho —agrega debajo del charqui, inundado por un ejército de moscas que le son indiferentes.

Hace sólo un par de meses que Juan volvió a ésta, su casa natal, un puesto perdido al pie de la montaña a 14 horas de la ciudad de Córdoba capital, el punto más lejano de este recorrido.

—¿Hay muchos puestos en esta zona?

—Aquí ya queda muy poco, casi nada de puestos, hay más para la zona del cerro aquel, del lado del litio. Para mí es el estado que nos ha *echao* a perder: cuando era chico estaba todo lleno de hacienda, y se abastecía con carne de la zona. Y después toda la gente se ha *empezao* a ir al pueblo, a trabajar con una beca, un plan, y ahí viven, pidiendo al municipio. Yo no lo veo así, yo quiero hacer mis cosas, y he vuelto con las cabras para acá, sino ya no había más nadie con hacienda en esta zona...

Juan volvió desde Medanitos, el pueblo donde vivía desde hacía años, a unos 50 kilómetros de acá. Y volvió con sus animales, caminando: le hemos metido 24 horas y media hasta aquí –cuenta con un gallo que canta debajo de su voz.

—¡Muchísimo! ¿Con las cabras?





—Con las cabras —responde Juan bajando el mentón y se ríe, con cierta dulzura, de mi sorpresa—. Acá tenemos cabras nomás. Y hay que hacerlas parar, despacito, comiendo…

Aunque esta vez lo hizo para mudarse, hace tiempo que Juan lleva y trae sus animales desde Medanitos hasta este puesto como parte de su trabajo de arriero. Las primeras veces, como el traslado implicaba hacer pasar a sus terneros a un terreno diferente, al que no estaban acostumbrados, les construyó, a cada uno, unos zapatitos de cuero. Al llegar al nuevo lugar, se los dejaba un tiempo, hasta que se adaptaran, y después se los sacaba, pata por pata.

El famoso cambio de matriz energética que anuncia, por ejemplo, las bondades ecológicas que tendrá la producción de

“Aquí escasea mucho el agua. Ahora hemos superado un poco la parte económica y hemos comprado manguera para sacar de la vertiente, allá a 500 metros, y si no había que ir a traer en balde.”

autos eléctricos hechos con baterías de litio, no tienen lugar en las vidas de quienes habitan las montañas que acumulan ese mineral. Los traslados son otros, sus tiempos también. Sus consumos son vitales.

—Aquí escasea mucho el agua. Ahora hemos superado un poco la parte económica y hemos comprado manguera para sacar de la vertiente, allá a 500 metros, y si no había que ir a traer en balde. Pero llegan los meses de septiembre y siempre



se agota y ya hay que buscar la forma. Allá tengo un poco de alfalfa, pero se ha empezado a secar, hasta los nogales algunos se han secado por falta de agua. Y bueno, lo lucharemos…

Sostener la sombra y el alimento es una lucha diaria que dan Juan y su hermano. Su mayor arma es saber a qué altura poner las semillas, cómo construir terrazas de piedra para los cultivos, cómo palear la arena blanca que parece recubrir el suelo de azúcar filtrando la poca agua que llega de la vertiente. Su mayor arma es conocer a la perfección el ecosistema que le da la vida. Sin embargo, no conoce esa nueva industria que crece montaña arriba, esa que le preocupa pero de la que apenas ha oído hablar.

—¿Y usted cómo más sabe, eso del litio?, ¿es contaminante también? Uno de la minería me decía "no, la contaminación no puede llegar acá, porque tienen piletas". Pero esas piletas para mí se van filtrando para abajo, lleva a lo subterráneo. Y la gente tiene los animales, tiene todo, y eso todo va al agua… —dice Juan mientras agarra la pava negra y ceba otro mate.

Cada persona que visitamos, en la ciudad, los pueblos, el campo del Bolsón de Fiambalá evidencia el desconocimiento que existe sobre el proyecto Tres Quebradas en la misma población que, según la ley, debería ser informada y consultada por el estado antes de su aprobación, dado que es la que se verá afectada por sus consecuencias y cuyos derechos al ambiente y al agua se encuentran en peligro.

El propio marco nacional e internacio-





nal que busca hacer frente a las consecuencias de la actividad empresarial en los Derechos Humanos -tales como los Principios Rectores sobre Empresas y Derechos Humanos de Naciones Unidas y las líneas directrices de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE)- considera "expresamente que la instalación y puesta en marcha de los proyectos extractivos compromete las capacidades de las comunidades para satisfacer sus necesidades", tal como indica el informe realizado por Be.Pe. Según esas mismas normativas, es deber de los estados proteger los derechos humanos frente a los efectos negativos que puedan producir sobre ellos las empresas que trabajan en su jurisdicción.



Pero como indica el mismo informe, las tierras que habitan estos pobladores han sido definidas como "zonas de sacrificio", priorizando la exportación de recursos minerales a costa de la devastación de ciertos territorios y la sobreexplotación de sus acuíferos. Una devastación que ya puede comprobarse en esta misma provincia, en la zona de Antofagasta de la Sierra, donde el Río Trapiche, del cual se abasteció de agua la minera de litio FMC desde el año 1997, ha sido exprimido hasta secar las vegas de las que viven los puesteros, los cuales ya sufrieron la muerte de sus animales.

—El agua para mí es todo, porque sin agua no tenemos nada: no tenemos un animal, no tenemos una siembra, no tenemos vida, sin agua... —dice Juan elevando su mirada desde nuestros ojos hacia el

horizonte, mientras las moscas se posan sobre su camisa blanca—. El agua es algo primordial para sobrevivir a donde sea. A donde sea.

—¿Te gustan? —me pregunta Johana mostrándome cinco higos en la palma de su mano que acaba de recolectar.

Dulces y lágrimas campesinas

Valeria entra apurada a su casa desde el patio con un jogging y una camiseta roja y negra que le cubren el cuerpo entero.

—Disculpen, es que estoy haciendo dulce, pero mejor nos quedemos acá porque hace mucho calor –dice mientras se va directo al ventilador e intenta prenderlo,

> **SU TERRITORIO, SIN EMBARGO, QUE YA SUFRE LOS IMPACTOS DE UN CAMBIO CLIMÁTICO GLOBAL CAUSADO POR FORMAS DE VIDA MUY DIFERENTES A LAS DE SUS POBLADORES, CONCENTRARÁ AÚN MÁS LAS CONSECUENCIAS DE UN MODELO DE EXTRACCIÓN DE MATERIAS PRIMAS PARA SATISFACER EL AUMENTO DEL CONSUMO DE ENERGÍA EN CIUDADES UBICADAS A MILES DE KILÓMETROS DE SU REALIDAD.**



una vez, otra y otra, pero sin lograr que las aspas empiecen a moverse.

Son las seis de la tarde cuando, después de seguir bordeando las montañas, llegamos a nuestra última parada: la casa de


Argentina
LUSTRE
PAPEL GLACE
50

Valeria y Santiago en el pueblo de Chuquisaca, uno de los caseríos que interrumpen el paisaje desértico con grupos de álamos y verdes diversos que indican presencia humana.

Valeria nació en Bolivia, y a los 17 años se vino a este lugar que habita junto a su pareja, Santiago. Así pasó la mayor parte de su vida, trabajando la tierra, viviendo de lo que producía en este rincón de Catamarca, recorriendo los cerros, pastoreando sus cabras, caminando lejos para darle de comer a sus lechones.

—En todo hemos trabajado acá nosotros: en todo. Pero ahora ya me cansé, ya no me ayuda la fuerza para los animales… Ahora estoy con las plantas, elaborando los dulces —dice con una voz que suena como el calor que entra por la puerta del comedor: sofocada, sedienta, apagada.

Valeria y Santiago tienen unas cien plantas de durazno, cincuenta de manzana, hortalizas, flores de todo tipo. Pero hace algunos años que sienten como su cuerpo, su pueblo y su tierra le han ido poniendo límites a su vida campesina.

—Hay años que hay fruto y hay años que no, por las tempestades del calor —cuenta Santiago con su pelo blanco y una pequeña cicatriz en el cachete—. Aquí hay viento zonda cuando está florando, entonces el calor cocina la fruta, se cae y ya no hay fruto —dice y explica que por eso hay tantos álamos, porque es un árbol que resiste la falta de agua, la caída de piedra o granizo, y que con su gran altura sirve de cortina para frenar el viento en las zonas pobladas.



Estamos en penumbras: puertas y ventanas cerradas impiden que los rayos del atardecer aumenten la transpiración que cubre nuestros cuerpos mientras todxs repetimos que qué calor, que qué terrible. Valeria entonces se levanta, traslada el ventilador a otro rincón del comedor y lo cambia de enchufe.

—Antes, cuando nosotros recién llegamos, acá no se usaba ventilador. Ahora estamos en marzo, abril, también calor todavía —comenta y mira con satisfacción cómo por fin las aspas hacen que el aire empiece a girar.

De la minería de litio, Valeria y Santiago tampoco saben mucho: que eso dicen, que han visto gente que subían y volvían de la montaña, que suponen que están trabajando en la mina, pero que está todo en silencio por ahora. Su territorio, sin embargo, que ya sufre los impactos de un cambio climático global causado por formas de vida muy diferentes a las de sus pobladores, concentrará aún más las consecuencias de un modelo de extracción de materias primas para satisfacer el aumento del consumo de energía en ciudades ubicadas a miles de kilómetros de su realidad.

Pero para esta familia campesina, la falta de agua no es el futuro, sino la dura tierra del presente.

El agua que llega a Chuquisaca proviene de vertientes de las montañas, baja por arroyos y ríos hasta el inicio del pueblo y luego se distribuye mediante canales. Al igual que en el resto de los pueblos de la zona, se organiza de forma comunitaria y funciona con turnos: un día una familia re-





cibe agua para riego, al otro día le toca a otra casa, y así hasta llegar a la última parcela, para después volver a empezar.

—Ahora falta el agua más que nunca —continúa Valeria—, como cuatro años que muy poco tenemos para regar, es un problema…

Un problema que ya afecta la relación con uno de sus vecinos, que desde hace un tiempo no les deja pasar el agua del canal hacia su parcela. Un problema que ya afecta la pasión de Valeria, que hace una sonrisa de orgullo y humildad cuando le digo que, según se comenta, es famosa en todo Fiambalá por la gran cantidad y diversidad de semillas agroecológicas que produce, y que luego comparte e intercambia con otrxs campesinxs que las siembran en sus tierras. Pero su pecho vuelve a cerrarse entre sus hombros en pocos segundos:

—Hay varias semillas que he perdido ahora por el tiempo que hace de calor y falta de agua y no puedo regar. Por ejemplo, ahora los tomates no alcanzaron a madurar, ya no hay agua. Estoy sembrando muy poquito, ya no es lo mismo como cosechaba antes…

No hay agua y el clima también ya cambia, vuelve a repetir Valeria y aplasta un pañuelo sobre su rodilla derecha, como planchándolo con sus manos o más bien como una excusa para bajar su mirada cuando le viene el agua de la tristeza.

—¿Vieron el dulce? —pregunta segundos después levantando su mirada y su dignidad hacia Johana y vuelve a dirigirse a la puerta de atrás, mientras todas la seguimos para ver su jardín.

Lo primero que aparecen son olores lilas, amarillos, rosados: flores que crecen sobre la arena blanca y que ella va acariciando y nombrando como a sus hijas. Con cuidado pisamos los surcos que separan la huerta: acá hay ajo, puerro y cebolla, dice mostrando unas pocas hojas que se elevan en la tierra seca. Esta es chía, pero no sé si va a llegar a dar semillas porque le falta agua..., agrega señalando unas plantas altas y marchitas. Como ser ahora no hay durazno y la manzana está muy desconocida, no está como el año pasado: bien redondita, formada, dice Santiago más atrás mostrando los frutos rojo pálido que resisten en los árboles. Al fondo, detrás de un montón de membrillo secándose al sol, una gran olla hierve sobre una estufa de barro: la vida empuja como un brote y Valeria se acerca una vez más a revolver con paciencia su dulce de cayote.



TRABAJO, QUIERO TRABAJO



Un día veré al desierto
*convertido en un vergel**

Cinco chorros de aguas violetas, azules, amarillos se elevan sin parar delante de las letras blancas y gordas que bautizan el pueblo: Fiambalá. En las calles que rodean la plaza principal, varias motos y algunos autos circulan frente a negocios de venta de vinos y productos regionales, artesanías, kioscos, farmacia. En la puerta de la despensa, una señora con una bolsa en la mano mira de lejos el manantial artificial mientras espera que salga algún cliente. ¿Me compra alfajorcitos de chañar? 50 pesos cada uno.

Dicen que Fiambalá es un pueblo de más de 6 mil habitantes y, si se lo mira de frente desde alguna calle principal, todo es como debiera: las casas con sus puertas y ventanas, los negocios con sus vidrieras y carteles, los árboles haciéndose lugar entre el cemento de la vereda y los vehículos deslizándose sobre la alfombra de cemento. Pero basta alejarse una cuadra, fijarse detrás de



una pared, para que aparezcan las construcciones abandonadas, los baldíos de monte nativo, las carretas que reposan delante de casas de adobe, los arbustos de jarillas con basura entre las ramas que se abalanzan sobre las esquinas. Y por más que se busquen las manzanas que delimiten el trazado del pueblo, lo que se encuentran son llanuras interrumpidas por viñedos.

La casa de Nicolasa, por ejemplo, parece una casa más del pueblo. Hasta que me invita a pasar a su patio y volvemos hacia la vereda para atravesar una madera que hace de puerta al lado de un negocio de ropa. Entonces, un pasillo de tierra bordeado de cañas, ramas y girasoles, un perrito marrón y blanco que ahuyenta a un gallo y se nos adelanta manzana adentro indicando el camino, hasta perderse en un túnel de arbustos.

“AHORA QUE NUESTRO DINERITO NO TIENE VALOR, ¿QUÉ MÁS QUERRÍA YO QUE TENER MI PROPIA HUERTA Y COMER SANO? TENER MI VACA PARA LA LECHE, TENER LAS GALLINITAS PARA LOS HUEVOS... ¡COMO ERA ANTES! CUANDO ERA CHICA, SABÍA TENER UNA PIEZA ASÍ, LLENA DE ZAPALLO; LOS CHOCLOS NOS LASTIMABAN LAS MANOS POR DESGRANAR EL MAÍZ DE NUESTRA CASA PARA HACER LOCRO. NO IR A COMPRAR TODO, COMO AHORA... PERO ¿A DÓNDE VAMOS A HACER LA HUERTA SI NO TENEMOS EL AGUA QUE ES LO PRINCIPAL?”



Nicolasa, con sus 64 años, entra en el túnel. Los haces de luz de la tarde se filtran entre las hojas y se imprimen sobre su cuerpo ancho mientras camina por los pasillos que se bifurcan en este laberinto de troncos. Mira hacia arriba: las hojas verdes que predominan, las hojas marrones que acechan. Le pregunto, entonces, si riega con esa manguera negra y larga que está tirada en la tierra. Me dice que no, que quiso traer agua con eso, pero nada, mientras con una mano sostiene un cuchillo y con la otra va tocando los racimos que cuelgan, buscando en su textura aquellas uvas que aún están a salvo. Ya quedaron pocas buenas, repite. Ya está todo seco.

—La viñita aguanta porque es para lugares más secos, pero, aun así, merma la producción de uva. Hace cuatro meses que no llega riego por turno y no lo arreglan… —dice la mujer de trenza morocha y sus cejas fruncidas remarcan el lunar que lleva en la frente.

En Fiambalá, los patios son viñedos. Desde que las cenas y los almuerzos que proveían las huertas fueron muriendo de sequía, esas bolitas moradas comenzaron a reemplazar al resto de los alimentos que se producían localmente hasta convertir a la zona en un monocultivo de vid. Pero ahora, también el vino tiene sed y las uvas de Nicolasa, y las de todxs sus vecinxs, llevan tiempo resistiendo la falta de riego.

—Ahora que nuestro dinerito no tiene valor, ¿qué más querría yo que tener mi propia huerta y comer sano? Tener mi vaca para la leche, tener las gallinitas para los huevos… ¡como era antes! Cuando era chica,







sabía tener una pieza así, llena de zapallo; los choclos nos lastimaban las manos por desgranar el maíz de nuestra casa para hacer locro. No ir a comprar todo, como ahora… pero ¿a dónde vamos a hacer la huerta si no tenemos el agua que es lo principal? —pregunta después la mujer desde su patio, a dos cuadras de la plaza principal.

Un par de semanas después de aquel encuentro con Nicolasa, una pandemia obligó a detener la economía del país y a reconsiderar sus prioridades. En ese contexto, Raúl Jalil, gobernador de Catamarca por el Justicialismo, pareció repetir en una entrevista las mismas opiniones que la vecina que representa: "Al día de hoy, todo lo comprás afuera. Tenés que ir a comprar los barbijos a China. Vengo de una fábrica de aceitunas y dulces. Les dije que ahora tienen que empezar a producir alimentos que se consuman en Catamarca. Hay que hacer un sistema para producir lo nuestro", expresaba en abril de 2020 en una entrevista al medio INFOBAE. Y agregaba: "Esto demostró que el sistema no estaba funcionando y puso en evidencia todas las falencias que tenemos en la administración de los recursos del Estado (…) La pandemia tiene que ser una oportunidad para reactivar las economías regionales y tener menos importaciones".



Regantes

El río es puro paisaje
lejos sus aguas se van
pero mis campos se queman
*sin acequias ni canal**

Tres hombres con camisa color caqui están sentados en un banco, apoyados sobre la pared de una casa de ladrillo visto, junto a un cartel tallado en madera que indica: "Consorcio de Regantes". Cuando pido una entrevista, Edgardo, un hombre canoso, camisa blanca a rayas, aparece por la puerta y me invita a pasar a su oficina. En el pasillo, un afiche dice "acequias" y detalla un largo listado de lugares.

—Nosotros no somos empleados provinciales ni nada, o sea, la comisión se elige entre los productores —dice apenas se sienta detrás de su escritorio, con pilas de papeles a un lado y al otro, aunque aclara que el consorcio trabaja en conjunto con el Gobierno de la Provincia de Catamarca.

Edgardo González es el presidente de esta entidad que se repite en cada pueblo o ciudad de Catamarca, y que es la encargada de administrar el sistema de riego y distribuirlo a toda la población que lo necesite para sus cultivos. En la localidad de Fiambalá, a unas 1200 familias que producen, en su mayoría, viñedos en pequeños terrenos de alrededor de una hectárea. Sin embargo, sólo unas 200 de las 1200 familias viven y trabajan de lo que producen. El resto se ve obligada a sostener un empleo, en su mayoría, del Estado: en el municipio, en las escuelas, en el hospital.



Y las causas son muchas.

Según González, la cantidad de agua que traen hoy de las vertientes de la Cordillera de los Andes alcanzaría bien para la población que deben abastecer, pero el gran problema, explica, es la falta de infraestructura:

—No tenemos embalses aquí, no tenemos diques, no tenemos nada. O sea: viene un río natural, hacemos unas tomas, la traemos por canales durante 30 kilómetros y, cada vez que llueve ahí, pasamos tres meses sin regar, porque, al no haber una infraestructura adecuada, nos destruye todo la creciente —dice el hombre mientras golpea los dedos sobre la madera oscura de su escritorio.



Cuando se logra que el agua llegue al pueblo de Fiambalá, se distribuye entre los productores por turnos. Si usted tiene una hectárea, por ejemplo, explica González, le corresponde algo así como 4 o 5 horas de riego, que, a su vez, se dan cada una determinada cantidad de días, o meses, dependiendo de la sequía y la época del año. Y cuando finalmente se logra que el agua llegue a los cultivos de cada productor, en lugar de distribuirse por goteo, planta por planta cuidando el recurso, esta se distribuye por inundación. Es decir: el agua entra a cada patio, a cada terreno e inunda toda su extensión.

—Es todo un sistema bastante antiguo que estamos usando. Se desperdicia mucha agua… —dice y explica que, pese a los reclamos que hacen al gobierno de la Provincia, hasta ahora, solo han recibido puras promesas: que sí, que no y nada.

—¡Eh! ¿Por qué no me trae la bomba? —le grita de repente Edgardo a uno de los traba-

> “No tenemos embalses aquí, no tenemos diques, no tenemos nada. O sea: viene un río natural, hacemos unas tomas, la traemos por canales durante 30 kilómetros y, cada vez que llueve ahí, pasamos tres meses sin regar, porque, al no haber una infraestructura adecuada, nos destruye todo la creciente.”

jadores que pasa frente a la puerta de la oficina, pero la respuesta del hombre se pierde en el pasillo.

El drama también, dice retomando nuestro diálogo, es que la uva negra, la que más se produce en la zona, se paga a los productores a menos de 4 pesos el kilo, cuando en la ciudad de Catamarca se paga a 80 pesos el kilo. Esa diferencia, explica, se la llevan todos los intermediarios. Entonces, la gente no tiene para hacer trabajar la finca, no puede ni siquiera invertir en nivelar los terrenos, para que el agua llegue a donde se necesita. Por eso, dice, ahora también se están conformando como Asociación de Productores de Fiambalá, para peticionar al Gobierno de la Nación y buscar otra forma de comercializar, que sea más redituable para el productor.

Sin embargo, hay otro problema que acecha el futuro de las familias productoras.

El agua que el Consorcio de Regantes distribuye en el pueblo proviene de una toma del Río Guanchín, que nace cerca del límite con Chile, a los pies del volcán Ojos del Salado, ubicado justamente en la zona sur del



sitio Ramsar protegido internacionalmente, el mismo donde trabaja el proyecto de litio Tres Quebradas que posee la empresa canadiense Neolithium y que, en plena pandemia, acaba de incorporar a su directorio accionistas chinos, pertenecientes al grupo fabricante de baterías CATL. Le pregunto, entonces, si cree que la minería de litio en esta zona puede afectar la calidad o cantidad de agua que llega al pueblo y su producción.

—Estamos divididos en las opiniones; hay gente que se opone abiertamente y hay otro grupo que vendría a ser un poco mayoritario. Yo adhiero a ese, que es que la minería siempre existió; montón de todo lo que hace a la vida cotidiana nuestra surge de ahí. Otra cosa es que nos dejen algo para el pueblo y que sea controlada evitando la contaminación y que perjudique las cosas que tradicionalmente nosotros hacemos, o sea, la producción. Y ese es el punto difícil: o por corrupción o por lo que sea, siempre hay algún problema.

—De cualquier manera, la mina de litio está en fase piloto, ¿no? —le consulto.

—Emmm, sí, en producción no está todavía. Pero medio que… yo soy muy amigo del gerente general de ellos aquí, por otras cuestiones nos relacionamos. Y le ven mucha factibilidad. El año pasado, ponele, andaban cinco, seis camionetas de ellos; ahora tienen más de 40, y los camiones, todo. O sea que ya hay un movimiento grande.

El movimiento ya es grande: según declararon representantes de la empresa Liex, subsidiaria argentina de Neolithium, en un seminario internacional sobre Litio en Sudamérica a fines de 2020, en el proyecto Tres





Quebradas ya llevan construidos más de 50 pozos, con más de 10 mil metros perforados, mientras que el mayor pozo de producción con el que cuentan obtiene alrededor de 100 litros por segundo de salmuera (el líquido presente en los salares que las mineras extraen para luego evaporarlo hasta conseguir el litio). Todo ello en su fase piloto, a la espera de la construcción definitiva de la mina que comenzaría este año para funcionar de lleno a partir de 2022, y con una vida útil estimada de 35 años.

Después de revisar mensajes que llegan a su celular, González cuenta que ellos fueron varias veces a la mina de litio, tanto por iniciativa propia como invitados por la empresa, que les explicó sobre el proceso:



—Ellos dicen que no usan agua. Bueno, está bien, está lejos del cauce del río, pero son todas cosas que conducen hacia abajo y el río va por abajo. Y le meten cosas para que se evapore. O sea, perjudicar, de alguna forma sí, va a perjudicar: de eso estamos seguros. Pero, por otro lado, mucha gente ve una fuente de ingreso: aquí en Fiambalá, creo que hay 40, 45 personas que están viviendo de eso, y son sueldos buenos. Es medio jodido pelear contra eso: no ya tan sólo contra el gobierno, que sí es lo que les interesa porque ahí muerden y bien, sino que también tenés la gente que necesita trabajo, porque la producción aquí no hay.

Estado minero

Las entrañas de la tierra
va el minero a revolver
saca tesoros ajenos
*y muere de hambre después**

—Buen día…

—¡Buen día, son las seis de la mañana para mí! —dice Manuel riendo cuando se asoma por la puerta de la casa que habita en Fiambalá con su pareja Johana, ahora que son ya las 9, hora tardía para cualquier campesino.

Mientras nos invita a pasar, él se va al patio y vuelve a entrar con un racimo de uvas que le entrega a Sur, el niño que nos acompaña en la visita. Las podés comer así nomás, sin lavarlas, porque acá no echamos ningún



veneno, le dice. Después, se sienta en la punta de la larga mesa de su comedor y, para explicar la creciente escasez de agua, transforma el mantel cuadriculado con estampas de flores rojas en un mapa del pueblo de Fiambalá:

—Toda esta mesa antes era productiva:





se producía alfalfa, trigo, se hacía engorde y, obviamente, esos cultivos ocupaban mucho más agua que la vid. Después, se pasó a producir todo vid. Hoy, vos caminas Fiambalá y vas a ver un baldío, una viña seca, un espacio con monte, otro terreno lleno de monte sin labranza —explica dibujando parcelas sobre el mantel—. Y vos te preguntás: ¿Acá siempre fue monte? ¡No!, en algún momento fue labrado. Antes, toda esta mesa estaba en producción, hoy por hoy, la producción debe ser la mitad, todo vid, y el agua igual no nos alcanza.

—¿Podemos sacar un zapallo? —lo interrumpe Sur que llega corriendo desde el patio, entusiasmado con la pequeña huerta que encontró.

Desde la ONG Be.Pe en la que trabajan, Johana y Manuel llevan años luchando por una economía diferente en esta zona, buscando las maneras de hacer crecer la economía regional y campesina, una forma de producción diversa y agroecológica, que le permita al pueblo tener soberanía alimentaria sin depender del Estado y la minería ni recibir sus dádivas.

> **“LA GENTE NO NECESITA MUCHAS VECES QUE VOS LES DES COSAS, NECESITA QUE LA APOYES DESDE VALORAR LO QUE HACEN, AYUDARLOS A COMERCIALIZAR, A ANIMARSE. PERO EL DISCURSO ES QUE LA GENTE NO SIRVE PARA NADA Y, EN REALIDAD, SÍ SABE HACER COSAS, PERO LE FALTAN OPORTUNIDADES. EL ESTADO ESTÁ AUSENTE, NO LLEGA.”**



—La gente no necesita muchas veces que vos les des cosas, necesita que la apoyes desde valorar lo que hacen, ayudarlos a comercializar, a animarse. Pero el discurso es que la gente no sirve para nada y, en realidad, sí sabe hacer cosas, pero le faltan oportunidades. El Estado está ausente, no llega.

Lo que sí llega son las mineras. Más precisamente, Liex, la empresa dueña de la mina de litio:

—Todas las semillas que entrega el municipio son auspiciadas por la minera. Ellos hacen entrega de todo juntos. Todo: mobiliario para hospitales, para escuelas, para los clubes —dice Johana en otra esquina de la mesa, mientras corta la hoja de alguna planta en miles de pedacitos que caen sobre el mantel—. El municipio se presenta como que ellos traen esto y que la minera está apoyando, y trae esto, esto otro. Entonces, los pobladores tienen que decir "sí, está dejando cosas acá en nuestro pueblo, los tenemos que dejar que sigan trabajando".

El informe que realiza la asociación Be.Pe sobre la Minería Transnacional de litio en Catamarca, a cargo de las investigadoras Natalia Sentinelli, Aimée Patricia Martínez Vega y Rosa Aráoz, describe de manera clara esta singular relación entre Estado y mineras como una alianza público-privada donde los gobiernos facilitan la instalación de las empresas extranjeras, "de modo que estas se encarguen de proveer puestos laborales, bienes y servicios que antes estaban en manos del Estado".

A su vez, esta alianza estratégica impide que el Estado cumpla su rol como promotor y protector de los derechos de la población a la cual representa, en una relación





que la investigación califica como un claro caso de "captura corporativa". Un concepto acuñado en el ámbito internacional de los derechos humanos para referir a las maneras en que una élite económica socava la realización de estos derechos y perjudica el medio ambiente mediante el ejercicio de una influencia indebida sobre los encargados de tomar las decisiones y sobre las instituciones.

Este corrimiento del Estado alimenta, además, tal como señala el informe citado, el trato directo entre la empresa y la población, "exponiendo a las personas cuyos derechos son vulnerados a la única alternativa de acudir a la empresa, en una relación asimétrica y en el aludido contexto de desprotección".

—Te endulzan de tal forma que vos te terminás aliando a las empresas —cuenta Manuel desde su propia experiencia—. Por ejemplo, la mina, cuando se vino a instalar aquí, me hicieron llamar por una empleada, no sé de dónde consiguieron mi número: "Hola, don Manuel, soy fulana de tal, yo trabajo en Liex, sabemos que usted trabaja con productores y queremos contarle que nosotros estamos dispuestos a financiar proyectos, nos gustaría tener una entrevista con usted". Si yo hubiera querido tranzar con ellos, buscar dinero de la empresa, hubiese ido. Y eso le pasa a los políticos: ellos no tienen una vocación de servicio… Es más, la empresa financia la campaña de los políticos —dice mientras espanta una mosca.

La empresa también financia lo que se lleva: el agua.

A diferencia del riego, el agua potable en el pueblo de Fiambalá proviene de bombas

y perforaciones que dependen directamente del gobierno provincial. Pero también, en este caso, falta infraestructura: en algunas épocas del año, hay barrios que no reciben agua y sus habitantes deben pasar meses esperando un arreglo, mientras trasnochan para juntar lo poco que llega a sus canillas. Es así que, hace poco más de un año, la minera Liex realizó una perforación justamente para el sistema de agua potable de Fiambalá, que estaría destinada a algunos de los barrios que sufren continuamente la escasez.

Una vez más, estas acciones, enmarcadas en la "Responsabilidad Social Empresaria", evidencian cómo las empresas van reemplazando a los Estados en su función central de proporcionar a las comunidades las condiciones para su desarrollo y bienestar. Función que "no debería ser un beneficio provisto por empresas a cambio del permiso para realizar proyectos, que muchas veces atentan, a su vez, contra las posibilidades reales de desarrollo integral comunitario", indica el informe de Be.Pe. Así, la minera de litio que tendría como principal impacto el consumo a gran escala de agua, uno de los bienes comunes más escasos en la zona y más determinantes para su desarrollo y supervivencia, es quien construye infraestructura para llevar agua a los barrios del pueblo que más la necesitan.

Esta realidad lleva a vulnerar los derechos de soberanía y autodeterminación de los pueblos, consagrados en el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de la ONU, que, entre otras cosas, establece que "para el logro de sus fines, todos los pueblos pueden disponer libremente de sus riquezas y recursos natu-



rales" y que "en ningún caso podrá privarse a un pueblo de sus propios medios de subsistencia".

—¿Viste las uvas? —pregunta Manuel señalando una parra al fondo, cuando la pareja nos acompaña a la vereda para despedirnos—. Nosotros hacemos vino agroecológico, casero: allá, en Medanitos, tenemos un viñedo. Mi hijo es enólogo, lo que pasa es que él es profesor de geografía y no consigue trabajo… Acá faltan oportunidades. Por eso, ahora, estamos con lo del vino, a ver si podemos vender…

La historia de la pobreza

No quiero que nadie pase
*las penas que yo pasé**

En una de las calles del pueblo, un grupo de personas revuelve ropa en la puerta de una casa sobre un tablón puesto en la vereda. Las ferias americanas son un ritual que se repite cada semana: una nueva vieja moda de los últimos años en la zona, un rebusque más ante la falta de trabajo.

Sin condiciones mínimas para la producción regional o el turismo, sin fábricas de ningún tipo, sin posibilidades si quiera para producir sus propios alimentos, la principal salida laboral de los fiambalenses es el Estado. Así, en un pueblo de seis mil habitantes,



más de 700 personas trabajan como empleados públicos, teniendo en cuenta sólo aquellos puestos que ofrece el municipio, e incluyendo entre ellos varias becas que pueden pagarse entre 5000 o 6000 pesos al mes. Una realidad que está en sintonía con toda la provincia: según un informe publicado en 2019 en base a datos del Ministerio del Interior, Catamarca es la provincia del país con mayor porcentaje de empleo público en relación al trabajo que genera el sector privado. Es decir, un Estado que se declara oficialmente minero desde hace décadas, justamente por el empleo que esa industria generaría, es el que más trabajadores contrata en la esfera pública para contrarrestar el desempleo reinante.

—Nosotros acá, en la provincia de Catamarca, tenemos un ejemplo claro de lo que fue Bajo la Alumbrera: 25 años de saqueo y todos los pueblos de alrededores de Andalgalá no tienen ningún desarrollo, están a la miseria… SE HAN LLEVADO TODO, SE HAN LLEVADO TODO —dice gritando y alzando las manos hacia arriba Elena, otra vecina de Fiambalá que detalla las penurias de su pue-

“NOSOTROS ACÁ, EN LA PROVINCIA DE CATAMARCA, TENEMOS UN EJEMPLO CLARO DE LO QUE FUE BAJO LA ALUMBRERA: 25 AÑOS DE SAQUEO Y TODOS LOS PUEBLOS DE ALREDEDORES DE ANDALGALÁ NO TIENEN NINGÚN DESARROLLO, ESTÁN A LA MISERIA... SE HAN LLEVADO TODO, SE HAN LLEVADO TODO.”

blo desde la puerta de su despensa—. ¡Escuchame! ¡Si Catamarca está llena de minería y es la provincia más pobre de la Argentina!

Y agrega que, con todo lo que tienen para vivir acá, todo el turismo, la vid, los cultivos, no necesitan la minería, que tantas otras cosas se podrían hacer…

Las palabras de Elena, que también fue concejala de Fiambalá por el radicalismo, tienen su correlato en las leyes y políticas que priman desde hace décadas en Argentina: bajo las condiciones del Código de Minería vigente en el país y las políticas neoliberales de los últimos años, el litio se extrae sin ninguna rentabilidad, ni para el Estado ni para el pueblo, y la única ganancia deriva de los escasos impuestos que pagan las compañías por desarrollar sus actividades en nuestro país.

"Las disposiciones en materia laboral y tributaria para las empresas mineras son en la práctica violatorias del principio de Igualdad, ya que las numerosas reducciones impositivas y aduaneras, y las condiciones de flexibilización con el fin de atraer inversiones ponen a las empresas en una situación de privilegio frente a la carga impositiva para el resto de los y las trabajadoras", explica al respecto el informe de Be.Pe.

Pese a todo esto, después de varios meses de pandemia, el Presidente Alberto Fernández declaró a la minería como actividad esencial en todo el país, lo que permitió que, a diferencia de la mayoría de los sectores de la economía, la minería continuara en actividad.

Mientras tanto, la Provincia parece haber cambiado de idea: "Para el Gobierno de Ca-

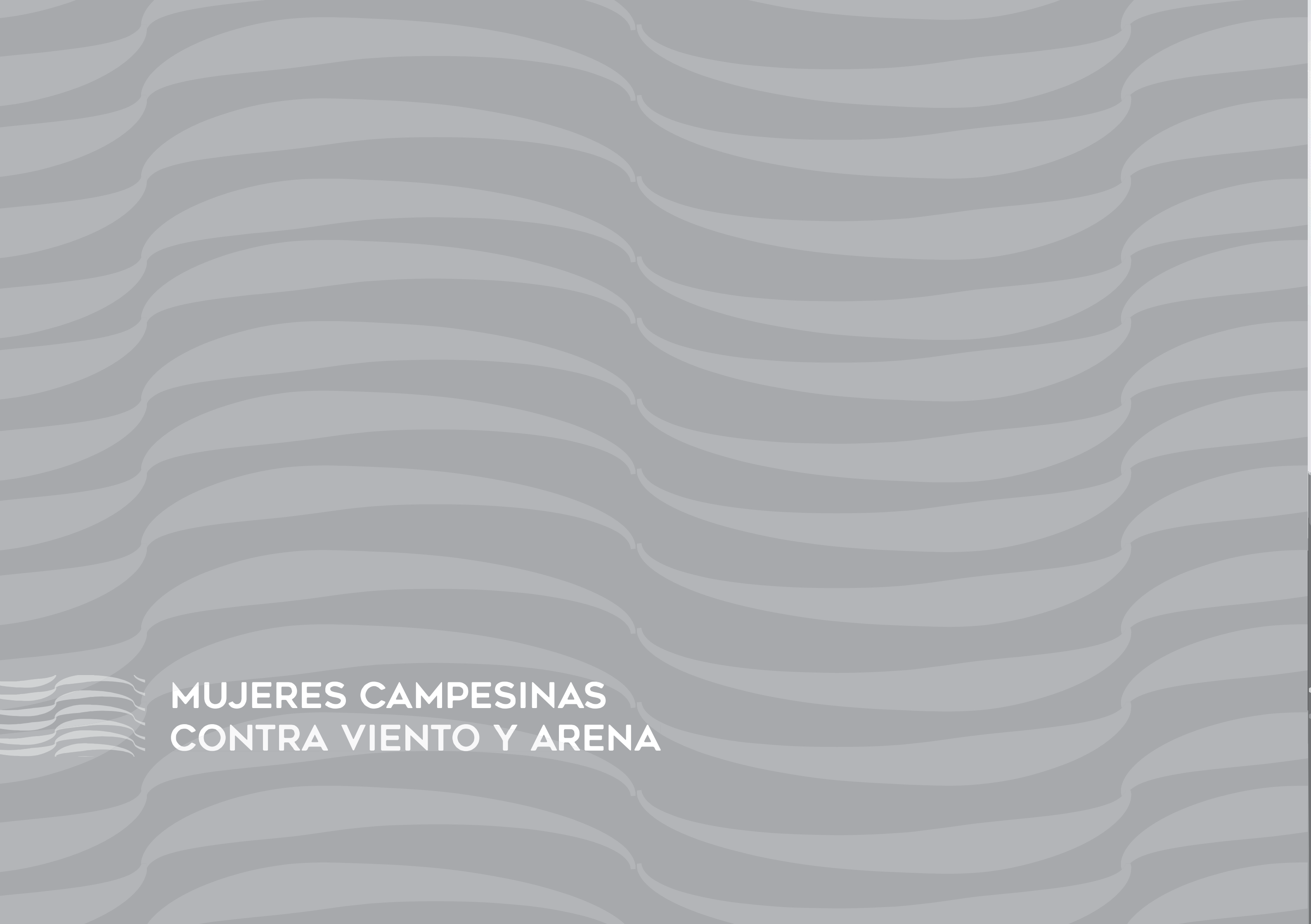


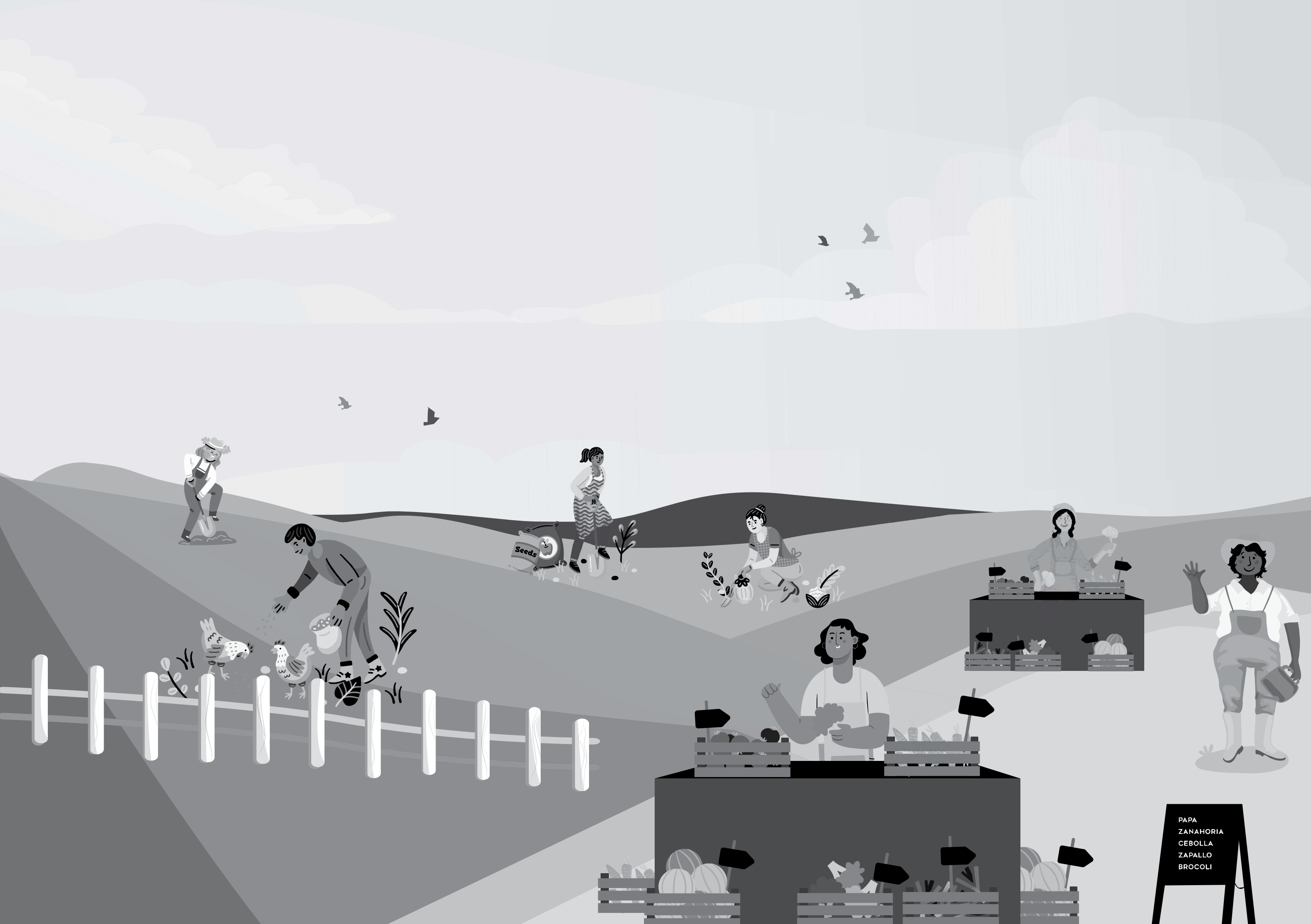
tamarca, la minería es una política de Estado (...) Raúl Jalil llegó para consolidar esta tarea y profundizar las líneas de acción, para que la minería sea el eje de la economía local, regional y nacional", expresaba en una entrevista con el medio Panorama Minero en noviembre de 2020, la Ministra de Minería de Catamarca Fernanda Ávila, organismo gubernamental encargado de controlar el cumplimiento de las leyes por parte de las empresas mineras. La funcionaria agregaba que, con los proyectos mineros que tiene la provincia, incluyendo "dos de litio que están a las puertas de entrar en producción", se generará "un círculo económico virtuoso, pilar del crecimiento general no sólo de la Provincia, sino de toda la región".

—Tiene que haber gente que quiera a su patria. El Estado somos los que votamos, ellos son nuestros empleados, ¡nosotros tenemos que ordenarle a ellos qué es lo que queremos! Pero son dueños de decidir cualquier cosa, basta que sea un beneficio para ellos, pero no para el pueblo, ¿y quién se hace cargo de las consecuencias? Trabajar en la mina no es ser independiente, porque son esclavos de la minera. Yo vivo precariamente, pero vivo de mi trabajo... —dice Nicolasa ahora mirando hacia el suelo seco de su viñedo, mientras sostiene una bolsa con todas las uvas que ha logrado recolectar.

***Trabajo, quiero trabajo.**

Canción de Atahualpa Yupanqui


MUJERES CAMPESINAS
CONTRA VIENTO Y ARENA


Seeds
PAPA
ZANAHORIA
CEBOLLA
ZAPALLO
BROCOLI

Sus vidas corren entre las dunas catamarqueñas. Brotaron allí, en la casa del viento, nombre con el que el pueblo originario cacán bautizó en su idioma a esta región: Fiambalá. Crecieron en pueblos marcados por la escasez de agua, dinero y políticas públicas. Junto a sus familias y su comunidad aprendieron a domar el blanco del desierto y a multiplicar los platos con el verde de huertas y frutales. Hasta que un día se encontraron en un punto. Un punto en la tierra, apenas más grande que una hormiga, mucho más pequeño que cualquier celular, y que sin embargo guarda la información que es alimento, oxígeno, paisaje, biodiversidad.

Hablamos de cada una de las semillas de distintas formas y colores que se despliegan de a miles en los puestos que conforman la Feria de Intercambio de Semillas Nativas y Criollas que desde hace casi veinte años organiza la Asociación Campesinos del Abaucán (ACAMPA), junto a la Asociación Civil Bienaventurados los Pobres en El Bolsón de Fiambalá. Hablamos de mujeres nativas y criollas que día a día se dedican a sembrarlas, regarlas, cosecharlas, y volverlas a sem-





brar, y que una vez al año ubican sus semillas cuidadosamente sobre las mesas en ese encuentro para seguir reproduciendo los frutos y saberes de la vida campesina. Para seguir reproduciendo la vida.

Tatón, ubicado en el departamento de Tinogasta, a más de 300 kilómetros de la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca, es el pueblo en el que se celebra esta feria durante los últimos años: el lugar al que centenares de productorxs viajan para compartir historias, semillas y saberes campesinos de toda la región.

Para llegar allí, hay que atravesar varios santuarios del Gauchito Gil, burros que cada tanto aparecen entre jarillas y retamas, y arena, cada vez más arena. Después de cruzar el río Abaucán que alimenta los cultivos de esta zona árida de la precordillera, se abre un paisaje que avanza como una playa despoblada e infinita. Un desierto hecho de dunas de todos los tamaños, entre ellas algunas de las más altas del mundo, que van transformando su forma y ubicación hasta llegar incluso a ocupar la ruta cuando en el invierno soplan los aires cálidos y secos del viento zonda. Un suelo blanco que poco a poco va dando paso al verde.

Recién cuando las pasturas y los álamos empiezan a multiplicarse y se vislumbra entre ellos alguna vertiente o arroyo, aparecen las primeras señales de presencia humana: una viña, olivares, casas aisladas hechas de adobe y algún vecino que saluda al costado del camino. Entonces sí, por fin, Tatón: un pueblo de unas 400 personas que habitan en viviendas desperdigadas entre fincas y colinas.



Cuando el agua llega

Subiendo una pequeña cuesta del pueblo se encuentra una casa, que es en realidad un conjunto de dos o tres viviendas de donde van apareciendo tres niños, una pareja, otra mujer. Todxs integrantes de la gran familia de Elena, una mujer de unos 60 años con pelos cortos y enrulados que enmarcan su cara ancha y que nos invita a sentarnos en un gran salón que oficia de comedor. Y la conversación empieza por el agua, punto de partida para entender la vida y la producción actual de toda su comunidad:

—El agua baja de los cerros: hay varias corrientes que vienen de muy lejos, allá cerca de Antofagasta, que se van juntando y forman el río Tatón que llega aquí. Pero antes sufríamos mucho, porque no teníamos canales: el riego se hacía por acequia, y es un río que trae muy mucha arena, entonces se penetraba y el agua se iba. Ahora, gracias a Dios, no tenemos problemas con el agua —dice Elena y cuenta que hace alrededor de diez años, una gestión del gobierno municipal construyó un sistema de canales y piletones que permiten distribuir mediante

LA CASA DE ELENA RECIBE AGUA SÓLO DE OCHO DE LA MAÑANA A TRES DE LA TARDE, HORARIOS EN LOS QUE DEBEN APROVECHAR PARA LLENAR LOS TANQUES Y REGAR. CON ESA CANTIDAD, Y EN POCO MENOS DE UNA HECTÁREA, LA MUJER CAMPESINA LOGRA COSECHAR UNA ENORME VARIEDAD DE ALIMENTOS.





cañerías a la mayoría de las casas y fincas del pueblo.

La construcción de infraestructura, el acceso de las familias al agua, se tradujo en una comunidad con una gran diversidad de cultivos y producción. Higos, duraznos, membrillo, viñas, nueces, granada, manzana y tuna son parte de la larga lista de frutales que se cosechan en el pueblo, a la que en los últimos años se han sumado también cítricos, sin contar la producción de hortalizas y aromáticas. Así, Tatón es el ejemplo de cómo las cosas podrían ser distintas si los gobiernos invirtieran en la principal necesidad de las comunidades del Bolsón de Fiambalá.

—Tuvimos suerte en esa gestión, porque los barrios pudieron trabajar más la tierra, hacer más fincas. Se ha mejorado mucho la economía, porque antes todo se nos secaba, no podíamos tener verduras, nada —agrega la mujer campesina con su hablar pausado.

De cualquier manera, como en toda la región, hay problemas que permanecen respecto de la escasez de agua. Sobre todo porque la provisión depende de la ubicación de cada finca: mientras que algunos barrios reciben durante todo el día, hay otras zonas de Tatón donde los canales no llegan. La casa de Elena recibe agua sólo de ocho de la mañana a tres de la tarde, horarios en los que deben aprovechar para llenar los tanques y regar. Con esa cantidad, y en poco menos de una hectárea, la mujer campesina logra cosechar una enorme variedad de alimentos:

—Yo cultivo hortalizas, aromáticas, zanahoria, rabanitos, remolacha, lechuga... También frutales; tengo manzana La Deliciosa, que con eso trabajo haciendo dulce, jaleas,



arropes. O sea que a toda la fruta le damos beneficio. Después mi esposo trabaja con plantas de alfalfa: la corta, la vende, le da de comer a los animales…



Podría decirse que Elena hace agroecología. De hecho, como integrante de ACAMPA, ha participado de diversas capacitaciones sobre el trabajo con la tierra y la producción de nuevas plantas y semillas, que se organizan en la zona junto a la organización Be.Pe. Pero la manera en que produce cada uno de esos alimentos es mucho más que un tipo de agricultura; es el arraigo y el conocimiento de la tierra que la vio nacer, es el cuidado del ambiente puesto en cada uno de sus gestos cotidianos.

Con su familia, cuenta, siempre han luchado por no usar químicos en sus cultivos, otrxs vecinxs lo han hecho y la producción fue buena por un año pero después las plantas se les secaron, agrega. En su finca, en cambio, ella usa lo que ya no sirve:

—Todas las malezas las corto para hacer

abono, para ponerle a las plantas. Y lo que sobra, sea fruta, alfalfa, yuyos, sirve también para los animales, porque tenemos las gallinas y los chanchos. También tenemos la vicia, una plata hermosa que hemos conocido para abono verde, porque crece y la tierra se pone negra debajo, y si hay verduras, las cubre y las protege. Ahora aquí también tenemos nuestra propia semilla de la vicia. Y así muchas cosas hemos aprendido a hacer. Nada más que hay que ponerle ganas y ponerlo en práctica.

Mientras un grupo de niños y niñas entran y salen corriendo por el salón, la vecina dice que una buena parte de su cosecha la utiliza para consumo familiar, y otras producciones, como las aromáticas o los yuyos medicinales, las diseca y las vende en el kiosco del pueblo, en su propia casa, y especialmente en la gran feria que se hace en Tatón: la feria de semillas.

SU MADRE REALIZABA TRUEQUES DE SUS CULTIVOS CON UNA VECINA QUE A CAMBIO LE REDACTABA CARTAS PARA COMUNICARSE CON FAMILIARES QUE VIVÍAN LEJOS. AHORA, ELLA MISMA INTERCAMBIA EXPERIENCIAS CON SUS VECINAS, YA QUE EL TRABAJO EN LA HUERTA Y CON LAS HORTALIZAS EN EL PUEBLO ES REALIZADO, EN LA MAYORÍA DE LOS CASOS, POR LAS MUJERES. ASÍ QUE CUANDO SE ENCUENTRAN, LAS CONSULTAS VAN Y VIENEN EXTENDIENDO UNA RED DE CONOCIMIENTOS ORALES Y HORIZONTALES.

De vecinas a vecinas, de generación en generación

Detrás de cada producción de Elena hay una semilla y muchos saberes compartidos, de generación en generación, de vecinxs a vecinxs, de mujeres a mujeres. Ya en su infancia, ella fue testigo del valor de la semilla; su madre realizaba trueques de sus cultivos con una vecina que a cambio le redactaba cartas para comunicarse con familiares que vivían lejos. Ahora, ella misma intercambia experiencias con sus vecinas, ya que el trabajo en la huerta y con las hortalizas en el pueblo es realizado, en la mayoría de los casos, por las mujeres. Así que cuando se encuentran, las consultas van y vienen extendiendo una red de conocimientos orales y horizontales: cómo puedo hacer este dulce, cómo hiciste con esta planta, mirá este zapallo que coseché ayer.

—Antes las mujeres no podíamos ni hablar, porque éramos tímidas, no sabíamos. Después hemos empezado a salir, a andar, a integrarnos. Hemos aprendido a saber cuáles son nuestros derechos; que podemos trabajar, que tenemos capacidades que podemos desarrollar —dice Elena y agrega que también su participación en las organizaciones de la comunidad, como ACAMPA y Be. Pe., le permitieron andar mucho, que entonces se animó, y pudo aprender muchas cosas sobre su lugar como mujer.

Con su parpadeo constante que contrasta con el ritmo lento de su voz, Elena cuenta que este legado también lo aprendió de su hermana, quien falleció hace tiempo y que fue delegada del pueblo de Tatón y enferme-


TEL.

UNA CONEXIÓN ENTRE LOS TERRITORIOS TIERRA Y LOS TERRITORIOS CUERPO QUE SE EXPRESA EN LAS LUCHAS DE ESTAS MUJERES POR LA SOBERANÍA ALIMENTARIA, LA CUAL PERMITE SIMULTÁNEAMENTE EL CUIDADO DE LA SALUD A TRAVÉS DEL CONSUMO DE ALIMENTOS SANOS Y CULTURALMENTE APROPIADOS, Y LA DEFENSA DE LOS BIENES COMUNES NECESARIOS PARA PRODUCIRLOS, COMO LAS SEMILLAS NATIVAS, LA TIERRA Y EL AGUA.



ra de la zona, en una época en la que sólo se podía acudir al hospital en carro o trineo. Su hermana era entonces quien atendía casi todos los partos de la comunidad, incluyendo también el nacimiento de su sobrino, el hijo mayor de Elena.

Años después, Elena tuvo otra hija: Johana. Johana creció en la década del ´80, tiempos en que aún era prácticamente imposible llegar en auto al pueblo, y los viajes se hacían caminando o a caballo. Así que después de estudiar en la escuela primaria de Tatón tuvo que irse a vivir a la casa de un tío en la ciudad de Tinogasta para asistir al secundario. Una vez recibida, se radicó en Fiambalá y volvió a su escuela primaria, esta vez para como docente.

Hoy madre e hija trabajan en defensa de su territorio y su comunidad:

—Soy agricultora, mis padres son agricultores, ellos fueron los que me inculcaron trabajar la tierra, respetarla, ya que ella es la que nos da de comer, nos da vida, nos da los alimentos para sobrevivir —dice Johana que, además, es recopiladora de semillas criollas y nativas, ex presidenta de ACAMPA, integrante de Be. Pe. y participante activa en todas las iniciativas de promoción de la agricultura y la cultura tradicional de su región.

De generación en generación, Elena y Johana defienden la reproducción de la vida. Son unas más de las tantas mujeres latinoamericanas que protagonizan lo que la antropóloga colombiana Astrid Ulloa ha denominado feminismos territoriales, que parten de una concepción no fragmentada de la vida humana y no humana y de su sustentabilidad. Una conexión entre los territorios tierra y los territorios cuerpo que se expresa en las luchas de estas mujeres por la soberanía alimentaria, la cual permite simultáneamente el cuidado de la salud a través del consumo de alimentos sanos y culturalmente apropiados, y la defensa de los bienes necesarios para producirlos, como las semillas nativas, la tierra y el agua.

Desde allí, Johana también es una de las referentes de la lucha contra los proyectos mineros que intentan instalarse en El Bolsón de Fiambalá, temática que lleva tiempo denunciando en su comunidad y también a nivel internacional con su participación en la campaña Agua para Los Pueblos, donde su comunidad conjuntamente con otros pueblos de Perú, Colombia y Brasil, están reclamando a organismos internacionales,

los estados y las empresas que escuchen sus demandas sobre la vulneración de los derechos humanos que la minería despliega en sus territorios.

—En este momento se encuentra inserto en nuestro territorio un emprendimiento minero como la empresa Liex, que tiene un proyecto de extracción de litio, y también se dice que hay otras empresas mineras que no se dan a conocer. Nos sentimos afectados, tanto las mujeres como los hombres. Las mujeres nos sentimos también discriminadas por la inserción en el trabajo, ya que son los hombres los que son ocupados en estas empresas. Pero también nos sentimos afectadas en otras situaciones: la contaminación del medio ambiente. Nos contaminan el agua, la flora, la fauna, el trabajo que realizamos todos los días en la agricultura y la ganadería. La visión que tengo yo es que hay otras alternativas, como la producción agropecuaria, y hoy en día el estado no apoya estas alternativas debido a que no es rentable para ellos, en cambio con la minera ganan mucho más. Es por eso que el extractivismo también es violencia contra la mujer.

Como señala Johana, en nuestro país, menos de un siete por ciento de las personas ocupadas en el sector de la minería son mujeres, según datos del Ministerio de Trabajo de la Nación. A su vez, los salarios y el acceso a los puestos de poder muestran una gran desigualdad de género en estas empresas. Así, la gran mayoría de las mujeres se ven privadas del único supuesto beneficio que la minería trae para las comunidades afectadas, el trabajo asalariado, mientras que las consecuencias de esa actividad afectan



directamente los trabajos campesinos que efectivamente realizan y con los cuales alimentan a sus familias.

Elena realiza los mismos cuestionamientos que su hija a la minería, y como testigo de los cambios que se han producido en su territorio a lo largo del tiempo, también denuncia otros problemas ambientales. Sus relatos muestran que el paisaje de dunas tan distintivo de Tatón no siempre fue el desierto que hoy vemos; más allá de las características naturales de la zona, entre esas montañas de arena también había monte.

Cuando era chica, cuenta, todos los domingos la gente se iba allí a talar los árboles para buscar leña, las retamas para levantar la viña. Cuando construyeron la ruta, la situación empeoró: el pueblo creció y se cargaba aún más leña, pero nadie plantaba un árbol.

DESDE SUS EXPERIENCIAS DE DEFENSA DEL TERRITORIO, LAS MUJERES APUESTAN POR EL CUIDADO DE LA VIDA EN TODAS SUS MANIFESTACIONES: UNA VISIÓN Y VIVENCIA QUE INTEGRA EL CUIDADO DE LOS BIENES COMUNES, EL CUIDADO DE LAS PERSONAS Y EL CUIDADO DE SÍ MISMAS.

Y resulta que el último invierno tuvimos que comprar leña o manejarnos con gas, porque ya no queda, dice Elena y denuncia la falta de conciencia tanto del gobierno como de muchxs de sus vecinxs en el cuidado de su propio lugar.

Desde sus experiencias de defensa del territorio, las mujeres apuestan por el cuidado de la vida en todas sus manifestaciones: una visión y vivencia que integra el cuidado de los bienes comunes, el cuidado de las personas y el cuidado de sí mismas. Y así lo demuestra Elena cuando continúa detallando sus preocupaciones y participaciones en la comunidad de Tatón:

—También hay problemas familiares, de violencia. Hay mucho alcoholismo, y por intermedio de eso viene la violencia también. Hay cosas que ocurren y no llegan las soluciones porque nadie se anima a decir, y si seguimos así, como si no pasara nada, si solo estamos calladas y quietas por distintas cosas, por el pueblo, no hay solución de nada —dice la campesina, que también es coordinadora de catequesis, rol que la lleva a hablar mucho con sus vecinas, que son también las que más asisten a la iglesia cada fin de semana.

Pero el tono de Elena no es de lamento sino más bien de entusiasmo. Es que ya estuvo hablando con algunas mujeres para hacer una mateada, encontrarse, hablar de sus problemas. Y mañana, justamente, es 8 de marzo, el Día de la Mujer, el día en que por primera vez las vecinas de Tatón van a juntarse con la intención de organizar, dice Elena con una sonrisa cargada de ansiedad, un grupo de mujeres donde se busque la solución de raíz a los problemas.

Semillas y saberes

Desde la casa de Elena se alcanza a ver, allí debajo, una inmensa cancha de tierra entre las montañas. Es el Club Los Andes, el lugar en el que cada año se celebra la Feria de Intercambio de Semillas Nativas y Criollas, el evento en el que confluyen mujeres campesinas esparcidas por el extenso territorio del Bolsón de Fiambalá, comprometidas con esos puntos capaces de dar vida y que representan el patrimonio ambiental y cultural más esencial de su pueblo.

Allí llega Dorila desde su casa hecha de adobe y cañas en el pueblo de Medanitos, donde la vid crece sobre la arena bordeada por la acequia, en túneles poblados de racimos que ella recorre día a día y a paso lento con su espalda encorvada, su bastón y sus vestidos floreados deslizándose debajo de sus rodillas.

Dorila, una de las mujeres más antiguas de Fiambalá, que no tuvo el cariño de su madre, como ella misma cuenta ahora con sus más de 80 años. Que tuvo que irse a Buenos Aires cuando era una niña y sobrevivió en la capital durante cinco años con una patrona que no la dejaba ir ni a la esquina, experiencia de la cual aprendió, como dice ahora con las arrugas que le bordean los ojos achinados, a ser una mujer libre, que se respeta y respeta a los demás. Que después volvió a Medanitos y se casó con un marido bueno, e hicieron la casa en la que ahora vive, en una época en la que sobrevivían con changas nomás a falta de trabajo. Y que finalmente quedó sola cuando su marido falleció hace ya varios años, a cargo de todos los trabajos de la producción.

“Dorila, dueña del recuerdo que alivia el pago, rincón de la mansa protesta. Dorila, calorcito en las mañanas, cobijo de las noches asustadas, mujer de arenas y de vientos. Hacha los malos recuerdos, y que el Abaucán se lleve todas las penas. Dorila, cosechera de verdades y soledades”, como dice la canción y la película que la campesina de Medanitos protagoniza y que, junto a sus largos años de andanzas y participación en la comunidad, la volvieron famosa en toda la región.

A la feria viaja también Valeria, junto a su pareja Santiago, desde la otra punta del Bolsón de Fiambalá, allá en el pueblo de Chuquisaca, a los pies de la Cordillera de los Andes, adonde llegó desde su Bolivia natal a los 17 años y donde se quedó hasta sus actuales 65. En ese lugar pasa los días Valeria cosechando sus frutos, entre ellos más de 60 variedades de semillas que esconden una larga lista de plantas, desde la lechuga y el repollo, hasta flores de todos los colores, pasando por papas andinas y maíces que consiguió traer de su país de origen.

Prepararse para la feria de Tatón, dice la mujer de pelo lacio y negro, es lo que le da fuerza para cada una de las tareas que implica el cuidado de las semillas durante el resto del año: sembrar, regar, cosechar, almacenar y elegir las mejores para llevar e intercambiar con otrxs campesinxs que después las siembren en sus propias tierras. Un trabajo que también la ha hecho famosa en todo Fiambalá, especialmente después de ganar el premio Guardianas de Semilla que otorga la feria, por la gran diversidad que produce.

Pero desde hace algunos años, Valeria está perdiendo su cosecha por la falta de







agua y el calor que crece en su zona. Al principio esto la llevó, por ejemplo, a dejar de comer maní o maíz para poder conseguir las semillas, pero ahora la falta de riego es tanta que muchas plantas no alcanzan a madurar y ya no le queda ninguna variedad de esos cultivos.

A esa cancha rodeada de dunas llega también Cristina, que vive a unos pocos kilómetros de allí, en uno de los barrios de Tatón, que también sufre la falta de agua porque a su zona no llegan los canales del pueblo. Su producción proviene de la pequeña y humilde huerta que tiene en su casa, con hortalizas que mantiene como puede y cuando puede, en un lugar a donde el río no llega porque la corriente se consume entre los arenales.

De a poco van también llegando al club Los Andes vecinxs de la zona, integrantes de comunidades originarias, estudiantes de escuelas agrotécnicas, así como campesinos y campesinas de distintas regiones de Catamarca y de otras provincias como Santiago del Estero, La Rioja o Jujuy. Así, como dice Manuel, un encuentro que comenzó en Medanitos en el año 2002 con cuatro o cinco gatos locos que pusieron las semillas que tenían sobre una mesa y comenzaron a intercambiar, fue creciendo año tras año hasta convertirse hoy en una de las ferias de semillas más destacadas del país.

Allí les esperan Elena y Johana junto a más de cien productores y productoras de ACAMPA, quienes con sus propias semillas y realidades colaboran también en la organización de la feria. Moviéndose entre los puestos de semillas, artesanías, comidas, yu-

> “NUESTROS LÍDERES INDÍGENAS MURIERON POR EL TERRITORIO, POR NOSOTROS, Y NOSOTROS ESTAMOS DISPUESTOS A MORIR POR NUESTROS HIJOS Y NUESTRO TERRITORIO. Y NO SÓLO POR LA VIDA HUMANA. ENTENDEMOS QUE, SIN NUESTROS ANIMALES, NUESTRAS PLANTAS, NUESTROS RÍOS, NUESTRO SOL, NUESTRO AIRE, NO SOMOS NADA. SI PERDEMOS UNO DE ESOS ELEMENTOS NOS PERDEMOS NOSOTROS MISMOS, DESAPARECEMOS.”

yos y plantines que lxs participantes despliegan desde temprano poblando de aromas el aire, las mujeres intentan asegurar cada detalle del evento más importante del año en el Bolsón de Fiambalá. Mientras tanto Carla, hija adolescente de Johana, ayuda en la difusión desde su trabajo en la radio comunitaria FM Horizonte.

Alrededor de la feria se despliegan muestras de fotos, cuadros y carteles que trasmiten información sobre el cuidado de la semilla, herramientas tradicionales para el trabajo agrícola y aprendizajes que jóvenes de la región han recibido de las personas mayores en talleres intergeneracionales. Al murmullo de cada intercambio se superpone también el sonido de guitarras y bombos de artistas locales, el paso de bailarines que se animan con una chacarera y las palabras de quienes van subien-




34
CHUQUISACA



do al escenario. Entre ellas, las de representantes de pueblos originarios de la zona, raíces últimas de las semillas nativas y criollas que ahora vuelven a circular en Fiambalá:

—Nuestros líderes indígenas murieron por el territorio, por nosotros, y nosotros estamos dispuestos a morir por nuestros hijos y nuestro territorio. Y no sólo por la vida humana. Entendemos que, sin nuestros animales, nuestras plantas, nuestros ríos, nuestro sol, nuestro aire, no somos nada. Si perdemos uno de esos elementos nos perdemos nosotros mismos, desaparecemos —expresaba en una de las ediciones de la feria de Tatón, Hernán Gutiérrez, cacique de la comunidad La Quebrada-Santa María, de la Unión de Pueblos de la Nación Diaguita.

Mientras tanto el trueque avanza: las tierras de Elena, Johana, Dorila, Valeria, Cristina, cada una de sus flores -naranjas, rojas, violetas-, de sus verduras -remolachas, acelgas, zanahorias-, de sus frutales -higos, manzanas, limones-, se ven ahora condensadas en semillas esparcidas sobre una mesa, en la que otrxs campesinxs buscan aquello que no tienen, ofrecen lo que producen, preguntan lo que no saben y cuentan lo que recuerdan y aprendieron.

—Impulsamos esto porque ya se había perdido, ¡nadie sembraba! Todo era del mercado… —dice desde su puesto Mecha Carrizo, otra de las mujeres que organiza la feria e integra la asociación campesina—. Así fuimos recuperando tierra, fuimos recuperando semillas; hemos aprendido a valorarnos a nosotros mismos, y esa es la riqueza de la que nos sentimos orgullosos.

Así, las semillas de chía, quinua y tantas otras que habían desaparecido vuelven a circular ahora de mano en mano, sin más valor de cambio que el propio trabajo y esfuerzo campesino, sin más salario que las plantas y alimentos que cada grano traerá a sus fincas. Así, con cada encuentro, la falta de trabajo se deshace en un pueblo donde crece la economía regional y la soberanía alimentaria.

—La feria ha llegado a ser tan grande porque toda la gente se empezó a dedicar a cuidar sus plantas, a guardar semillas, a traer, a intercambiar… —cuenta Elena—. Ahora ya estamos preocupados en trabajar más, en mejorar los productos, porque en cada feria hay más cosas nuevas, y como es un solo día a veces nos quedamos sin tiempo; "ay, no pude recorrer allá, no pude conseguir eso…". Es hermoso. Con eso hemos progresado. Un progreso ha sido para los pueblos.

Como una resistencia a la minería, el monocultivo y la pobreza que las ciudades miran de lejos en los territorios de la puna catamarqueña, las semillas y saberes de las mujeres campesinas se esparcen como el viento, hasta hacer retumbar el verde contra el desierto.







Lucía Maina Waisman

Lucía Maina Waisman es comunicadora social y periodista, magíster en Comunicación, Periodismo y Humanidades con especialidad en Periodismo Literario de la Universidad Autónoma de Barcelona y licenciada en Comunicación Social de la Universidad Nacional de Córdoba. Es autora del libro Ritmos para el paraíso publicado en 2016. Ha publicado en diferentes periódicos, revistas y medios digitales de Argentina, España y México, especializándose en temáticas socioambientales. Hoy integra el medio cooperativo La Tinta .



El agua no es igual para todxs: para muchxs es transparente, invisible, está siempre ahí, nace de la canilla con que cada día nos lavamos las manos. Pero hay personas que saben verla, que a fuerza de necesitarla, conocen su origen y su poder. En las comunidades campesinas del Bolsón de Fiambalá el agua es omnipresente: la protagonista de su vida, su trabajo y su alimentación. Y por eso es también la que hace brotar la organización a la hora de defenderla de viejas y nuevas amenazas, desde la producción de vid a gran escala hasta la minería de litio que acecha en esa región de Catamarca.